La

Hora del

Vengador

CATALOGO

quitectura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por uadernos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está termina-a, y consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, en tela, ale **38** pesetas.

osodia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—Se re-arte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—Está erminada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntimos.—ujosamente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** pese-as **25** céntimos.

cionario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Benot. Se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—orma un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pesetas.

ímica orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.° prolongado, le 924 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provincias.—La ncuadernación en pasta entera, **2** pesetas.

cionario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y Quin-ana, precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gramati-ales.*—Un tomo en 4.°, **10** pesetas **50** céntimos en rústica y **12** en pasta ó tela.

todos de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un volumen e 264 páginas en 4.° prolongado, y encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMAS por eparado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen igual on CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condiciones.

mentos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carracido.—Jn volumen en 4.° prolongado, con infinidad de grabados intercalados en el exto, encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

cionario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo en 8.°, ncuadernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

ccionario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De igual amaño y precio.

Tauromaquia, de Rafael Guerra *(Guerrita).*—Se publica por cuadernos e uno y dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos fotogra-os intercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.

la batalla, original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.°, de 268 pági-as, **3** pesetas en rústica.

de Mecum del estudiante de Derecho, por C. Flavio, abogado del ustre Colegio de Madrid.—Libro de utilidad y necesidad indiscutibles para los studiantes de Derecho. Contiene todas las asignaturas de la carrera, y fácilmente pueden preparar para los exámenes, no sólo de cada una de ellas, sino para el paso al tomar el grado de licenciado.—Un tomo en 4.°, de 384 páginas, **7** pese-s en rústica y **9** en pasta.

testamento ológrafo, por D. Gabriel Ricardo España, abogado del ilus-e Colegio de Madrid.—Un tomo en 4.°, de 256 páginas próximamente. Contiene dos los formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por sí, y sin onsultas, pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alcance de dos.

Muceta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 páginas, 3 pesetas.

inte Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de dicha asignatura en el Ateneo de esta Corte—Un tomo en 4.° prolongado, **5** pesetas.

s Pequeñeces.....—*El Jesuita*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

merosas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cromo, epartidas por cuadernos semanales.

blioteca del Renacimiento Literario.—Van publicados *veintiséis* omos, á **2** y **3** pesetas uno.

EN PREPARACIÓN

CURIOSIDADES HISTORICAS, POR D. I. A. BERMEJO.

13
8 8

LA ESPOSA DEL VENGADOR.

MANUEL DE TOLOSA
Y LATOUR

DURAN, LIBRERO
MADRID.

LA ESPOSA DEL VENGADOR.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 14 de Noviembre de 1874.

SEGUNDA EDICION

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laesposadelvenga00eche_0

ACTO PRIMERO.

La escena representa una plaza de Barcelona: á la izquierda y en alto, un retablo con un Cristo en la cruz, alumbrado por un farol: al pie, como resguardando el retablo, una verja sobre una pequeña escalinata. Á la derecha una casa con gran puerta y escudo de armas: sobre la puerta y el escudo un balconaje. En el fondo una iglesia con escalinata tambien. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

En la plaza gente que va y viene: algunos entran en la iglesia: dos grupos de CABALLEROS, en primer término: uno á la izquierda, otro á la derecha. AURORA y FERNANDO en el balcon.

(Grupo de la izquierda.)

CAB. 1.° ¿Será verdad?
CAB. 2.° ¿Será cierto?
CAB. 3.° Al sonar de la mañana
las nueve en la gran campana
del viejo torreon del puerto,
con tres argelinas presas
y al aire la blanca lona,
llegaron á Barcelona
dos galeras genovesas.
CAB. 2.° ¿Y habeis visto?...

CAB. 3.° Ví bajar
de la mayor de las dos,
á don Cárlos de Quirós
y en la ciudad penetrar.
CAB. 2.° Pues si *Cárlos* ha llegado
¡ay del Conde de Pacheco!
CAB. 3.° Aún aquí resuena el eco
del grito que el desgraciado
marqués de Quirós y Estrada
lanzó tras largo reñir,
sobre su pecho al sentir
del fiero Conde la espada.
CAB. 2.° Venganzas tradicionales,
herencias de sangre y muerte,
de dos razas que la suerte
por su mal hizo rivales.
(Grupo de la derecha.)
CAB. 4.° Los dos hasta aquí vinieron,
sus odios aquí estallaron,
de esa luz aprovecharon
la claridad, y riñeron.
CAB. 5.° Misterios son del destino:
el mismo triste fulgor
que alumbraba al Redentor,
alumbraba al asesino.
(Grupo de la izquierda.)
CAB. 3.° Despues le he vuelto á encontrar.
CAB. 1.° ¿Á Quirós?
CAB. 2.° ¿Á Cárlos?
CAB. 3.° Sí.
CAB. 1.° ¿Dónde le encontraste?
CAB. 3.° Aquí:
y hácia esa casa mirar
una y dos veces y tres,
le ví con adusto ceño.
CAB. 2.° ¿Iba solo?
CAB. 3.° Con Parreño,
escudero del Marqués.
CAB. 2.° Parreño es la tradicion
del odio en esa familia:
en el sueño, en la vigilia,
con feroz obstinacion,

sólo un pensamiento fijo
hay en su cerebro inerte:
«quien al padre dió la muerte,
muera á las manos del hijo.»

AUR. (En el balcon de la casa de Pacheco.)
Llega la gente: ya es hora:
el toque de la oracion.
(Principia á sonar la campana de la iglesia.)
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° De Pacheco en el balcon
¡qué dulce voz!

CAB. 5.° ¡Es Aurora!
(Mientras se pronuncian los dos últimos versos continúa el toque de oraciones. Todos se descubren. Aurora se arrodilla en el balcon. Pausa.)

AUR. (En el balcon.)
Vamos, Fernando.

FERN. ¡Hay tal prisa!
¿Para qué?

AUR. ¡Calla, blasfemo!
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° Que trueques bien pronto temo
en lágrimas tu sonrisa.

FERN. (En el balcon.)
Si en el templo tu alma pura
buscar un cielo anheló,
¡qué más que el que Dios te dió
en tu divina hermosura!

AUR. En tus viajes conseguiste
ciencia bella y peregrina:
¿aprendiste medicina
ó retórica aprendiste?

FERN. ¡Aurora!

AUR. Das mal ejemplo:
te falta la gravedad
de doctor y la piedad
de cristiano: ven al templo.
(Desaparecen del balcon Aurora y Fernando. Grupo de la izquierda.)

CAB. 2.° De Pacheco soy amigo
y he de advertirle, por Dios!
que ha llegado el de Quirós,

el hijo de su enemigo.
(El grupo de la izquierda se retira al fondo del teatro.)
(Grupo de la derecha.)

CAB. 4.° Un buen aviso...
CAB. 5.° Excusada
precaucion. Don Cárlos hiere
cara á cara: mata ó muere:
no temaís una emboscada.
CAB. 4.° Pero Pacheco á mi ver
pudiera evitar...
CAB. 5.° ¡Por Cristo,
á Pacheco nadie ha visto
la espalda á un hombre volver.
(Se retiran hácia el fondo del teatro.)

ESCENA II.

Salen AURORA y FERNANDO delante: detrás DOÑA JUANA y el CONDE DE PACHECO; por último una DUEÑA y un ESCUDERO.

AUR. ¡He de salir! (Á Fernando.)
FERN. ¡Haces mal!
AUR. ¡Es empeño!
FERN. ¡Es desvarío!
De la noche el vapor frio
deslustra el limpio cristal
de tus ojos!
AUR. ¡Qué porfía!
FERN. Quien lleva por nombre Aurora
salir debe cuando dora
las cumbres el nuevo dia.
¿Tus promesas qué se hicieron?
AUR. ¡Calla, Fernando!
FERN. No á fé!
¡Ojos sin luz!...
AUR. Ya lo sé.
FERN. Soles extinguidos fueron!
Triste esclavitud sufrían,
negra noche les rodeaba,
su limpio azul se empañaba,

y nunca, Aurora, podían,
en sombras aprisionados,
¡ni juguetear hechiceros,
ni rechazar altaneros,
ni mirar apasionados!

AUR. Es cierto, mas regresaste
desde Italia presuroso,
de mis ojos sin reposo
la triste sombra estudiaste,
y al poner tu sábia mano
en ellos, mi buen amigo,
ví la luz. ¡Pero qué digo?
más que mi amigo: ¡mi hermano!

FERN. («Su hermano!» dice la impía
y así piensa que me halaga!)

AUR. ¿Estás contento?

FERN. ¡Me embriaga
el placer, hermana mía!
(Aurora le tiende cariñosamente la mano.)
(¡Al que se abrasa de amor
tenderle helada la mano!
¡darle cariño de hermano
como afrenta á su dolor!
¡limbo sin gloria ni afan
el paso cerrando á un cielo!
¡torpe barrera de hielo
en el cráter de un volcan!)
(Aurora y Fernando continúan hablando en voz baja. Un embozado se acerca cautelosamente á Pacheco.)

CAB. 2.° Pacheco, piensa en Quirós,
y piensa que un hijo tiene.

JUANA. ¿Cárlos viene?

CAB. 2.° Cárlos viene. (Se aleja.)

PACH. Y bien, que venga.

JUANA. ¡Ay mi Dios!
(Otro embozado se acerca con misterio á Doña Juana.)

CAB. 4.° Moderad su fiero alarde,
si amais al Conde, señora.
Que no regrese á deshora...

JUANA. ¿Cárlos tal vez?...

CAB. 4.° Dios os guarde.
(Doña Juana y Pacheco hablan en voz baja.)
AUR. ¿Por qué tan fieros enojos
en tu mirada severa?
FERN. ¡Expones de tal manera
los cristales de tus ojos!...
AUR. No abrigues temor, Fernando;
seré prudente, lo juro.
Quiero ver el cielo puro;
y el sol que nace bordando
franjas de oro con su luz
en los celajes de Oriente;
y la blanca y triste frente
del Cristo que está en la cruz.
FERN. ¿Y nada más?
AUR. ¡Y á mi padre,
tan bueno, tan cariñoso!
FERN. ¿Y nada más?
AUR. ¡Y el hermoso
rostro de mi santa madre!
FERN. ¿Y á nadie más ver ansías?
AUR. ¿Por qué me miras así?
FERN. ¿Quién te ha dado, ingrata, dí,
las inmensas alegrías
de ver el cielo y el sol,
la noche con sus estrellas,
la mañana con sus bellas
nubes de oro y arrebol?
AUR. Perdóname...
FERN. ¡Perdonar!...
¿Por quién ves hoy á tu madre,
la faz noble de tu padre,
y á tu Dios en el altar?
¿De tus ojos al profundo
negro abismo, quién dió luz?
Ese que espira en la cruz
el primero... ¡yo el segundo!
AUR. ¡Es verdad: pobre Fernando!
FERN. ¡Y me pudiste olvidar!
AUR. ¡Quieres hacerme llorar!
(Llevando la mano á los ojos.)
FERN. ¡Qué dicha! ¡por mí llorando!

AUR. Médico que con enojos
no encuentra más medicina,
ni otro remedio propina
que lágrimas á los ojos,
querrá curar, no lo niega
mi voz ingrata, Fernando,
pero es la verdad, que cuando
así nos cura, nos ciega.

FERN. ¿Y lloras por mí?

AUR. ¡Dios mio,
en mi pena se complace!

FERN. Es que gozosa renace
mi esperanza.

AUR. ¡Ven, impío!
(Le coge la mano y le atrae á sí.)
¡Mira de cerca mi llanto!

FERN. ¡Aurora!

AUR. ¿Ves mi dolor
de esa luz al resplandor?
(Levanta la cabeza de modo que le hiera la luz del Cristo en los ojos.)

FERN. ¡Lágrimas, sí!

AUR. ¡Cielo santo!
(Da un grito: se lleva las manos convulsivamente á los ojos y cae de espaldas: Fernando la sostiene. Daña Juana y Pacheco se acercan con afan y la rodean.)

FERN. ¿Qué tienes?

PACH. ¡Hija!

JUANA. ¡Mi bien!

AUR ¡Todo está negro... ay de mí!
(Procura con las manos separar algo. Pausa. Al fin deja caer los brazos y mira alegremente á su alrededor.)
¡Ya se van las sombras... sí!

FERN. ¡Perdóname!

AUR. ¡Madre!

JUANA. ¡Ven!
(Aurora y Doña Juana se abrazan. Pequeña pausa.)

AUR. De esa luz destellos rojos
cayeron sobre mi frente,
y clavóse un rayo ardiente

en las niñas de mis ojos.
Despues nada ví... Mas luégo
todo pasó.

PACH. ¡Pobre Aurora!

JUANA. ¡Hija del alma!
(Aurora mira á Fernando y se enjuga los ojos sonriendo.)

FERN. (¡Y aún llora!)

AUR. Siento en las mejillas fuego.

JUANA. ¡Tú la enojaste!

AUR. No á fé.

PACH. ¿Ha sido Fernando?

JUANA. Sí.

AUR. Al mirar al sol, aquí (Señalando la frente.)
siento siempre... no sé qué.

FERN. Que te muestre cuanto brilla (Á Aurora.
sus enojos, no me asombra;
ni que te busque la sombra,
es, Aurora, maravilla.
Por ley de Dios en la tierra,
ó por misterioso instinto,
atraccion es lo distinto
y es lo semejante guerra.
Rechaza un ser á otro ser
si ve en él su copia fria,
que al fin la monotonía
es la muerte del placer;
mas si diferentes son
y se completan unidos,
se sienten ambos vencidos
por secreta inclinacion,
y es que una mágica red
les envuelve á su pesar,
que los dos quieren saciar
de lo infinito la sed.

PACH. Sutil el médico viene.

FERN. Pues dudas en vos contemplo,
escuchad algun ejemplo
que mi doctrina contiene.
No envidia á la nube el sol,
que no hay luz propia en la nube.
y por eso cuando sube

la colora de arrebol.
En la caña mira el rio
otro ser y se alboroza;
ella de placer solloza
y él se deshace en rocío.
La selva en el ruiseñor
contempla otra criatura,
y le presta su espesura
para nido de su amor.
Y es que la caña y el rio,
el ruiseñor y la selva,
la nube áun cuando devuelva
con magnífico atavío
el ajeno resplandor,
y el sol de rayos ardientes,
son seres tan diferentes,
que se buscan con amor;
y de aquesta simpatía
nacen en monte y en llano
un concierto soberano
y una divina armonía.

PACH. Probaste con discrecion
de tu tésis la mitad;
pero algo falta.

FERN. Escuchad,
que llego á la conclusion.
Se alza el mar, se ve á sí mismo
en más lejano horizonte,
y es en su cólera monte
de espuma, y despues abismo.
Huyendo va el huracan
de huracanes que le azotan,
y huyendo del fuego brotan
las lavas en el volcan.
Ejemplos en los que veo,
áun cuando muy de pasada,
mi doctrina comprobada
y cumplido mi deseo:
y así, puesto que en la tierra
ó por ley ó por instinto,
es atraccion lo distinto,
y es lo semejante guerra,

si tu luz quiere cubrir
la noche con negro velo,
es que intenta en ese cielo
un crepúsculo fingir;
si el sol, en vez de arrebol,
te manda sus rayos rojos,
son naturales enojos
que inspira un sol á otro sol.

JUANA. Bien dicho; pero excusar
pudiste tan bella ciencia
y tal primor, con prudencia
y con no hacerla llorar.

AUR. Ven, Fernando, el tiempo pasa.

FERN. (¿Me perdonas?) (En voz baja á Aurora.)

AUR. (Id. á Fernando.) (¡Lo mereces!)

FERN. ¡Aurora!

AUR. No me enterneces. (Con malicia.)

(Se dirigen los dos hácia el templo: la Dueña y el Escudero les siguen. Doña Juana detiene á Pacheco.)

(Aurora, Fernando, la Dueña, el Escudero y la gente que quedaba en la plaza, entran en el templo.)

ESCENA III.

DOÑA JUANA y PACHECO, en primer término; D. CÁRLOS y PARREÑO, aparecen en una esquina, y en ella se detienen observando. La plaza desierta: se oye débilmente el órgano.

JUANA. El corazon me traspasa
una duda... ¡Si es verdad...
si vino Cárlos...

PACH. Y bien:
Dios tan solo dirá quién
es hoy digno de piedad.

(Pacheco intenta dirigirse al templo: Doña Juana le detiene de nuevo.)

JUANA. ¡Son mis angustias tan grandes!...

PACH. Ya la salve está empezada...

JUANA. ¡Él es la mejor espada
de nuestros tercios de Flandes!

PACH. ¡Qué me place, vive Cristo,
si á tal llega su bravura?
¿Le conoces por ventura?
JUANA. Jamás, Pacheco, le he visto.
PAR. (Á D. Cárlos, señalando á Pacheco y á Doña Juana.)
Un hombre y una mujer...
PACH. Vamos...
JUANA. Espera un instante.
PACH. ¡Estás llorosa, anhelante ..
me apena tu padecer!
(Da algunos pasos: Doña Juana le detiene.)
JUANA. Siempre he sido esposa honrada,
cariñosa y obediente;
mi vida estuvo pendiente
de tu voz, de tu mirada.
PACH. Es verdad.
JUANA. Pues vas á darme
una recompensa.
PACH. ¿Cuál?
JUANA. ¡Sal de Barcelona, sal!
PACH. ¡Eso fuera deshonrarme!
JUANA. ¡Piensa en mí, piensa en Aurora!
PACH. En mi honor pienso tambien.
JUANA. ¡Yo te lo suplico!
PACH. Ven.
(¡Pobre Juana, cuánto llora!)
(Pacheco intenta llevarla, pero ella resiste. Parreño en el fondo avanza algunos pasos, y despues se vuelve hácia D. Cárlos.)
PAR. ¡Es Pacheco!... ¡mi sangre arde!
JUANA. ¡Mira allí!... ¡dos hombres, dos!
(Señalando á D. Cárlos y Parreño.)
PAR. ¡Nadie en la plaza! (Instando á D. Cárlos.)
JUANA. ¡Por Dios,
vamos...
(Doña Juana se lleva con afan á Pacheco hácia la iglesia.)
PAR. (Queriendo obligarle.) ¡Don Cárlos!
CARLOS. (Friamente.) Más tarde.
(Doña Juana y Pacheco entran en la iglesia: Don Cárlos y Parreño avanzan al proscenio.)

ESCENA IV.

D. CÁRLOS, PARREÑO.

PAR. ¿Á qué de Italia viniste; (Con enojo.)
á qué traje de Toledo,
despues de probar su temple
sobre piedra y sobre cuero,
de Milan en una cota,
y contra un yunque de hierro,
esa espada que en el cinto
muerta ó dormida contemplo?
CARLOS. Calma, calma, buen anciano.
PAR. ¡Don Cárlos!
CARLOS. Basta, Parreño. (Pausa.)
PAR. ¡Aquí murió!
CARLOS. Ya lo sé.
PAR. Contra esa piedra su cuerpo
se desplomó.
(Señalando la escalinata de la verja.)
CARLOS. ¡Pobre padre!
PAR. En sangre tinto el acero,
al aire lo sacudió
con fuerte brazo Pacheco:
salpicó la roja lluvia
esa verja y este suelo,
y que Dios me lo perdone;
pero muchas veces creo,
que esas manchas que la imágen
muestra al costado derecho,
de aquella sangre son gotas
que sobre el Cristo cayeron.
CARLOS. Aquí mi padre espiró:
aquí morirá Pacheco.
PAR. ¡Morirá! ¿Cuándo?
CARLOS. Esta noche.
PAR. ¡Ah, mi venganza!
CÁRLOS. Silencio:
no es venganza, que es castigo.
PAR. ¿Qué importa el nombre?
Buen viejo,

morirá como mató:
frente á frente y hierro á hierro.

PAR. ¿Y estás triste?

CARLOS. ¿Qué te extraña?
si condenado me veo
á seguir antiguos odios
de Estradas y de Pachecos.

PAR. ¿Qué dices?

CARLOS. La tradicion
es implacable. Recuerdo
que, aún muy niño, me mostraban
retratos de mis abuelos
en los góticos salones
de mi castillo paterno,
y todos llevaban sangre
en la frente ó en el pecho.
Aquesta significaba
haber á las manos muerto
de su enemigo; y aquella,
la que con tinte siniestro
manchaba la frente altiva,
era sangre de Pacheco.
Hoy se decide mi suerte
y escoger entre ambas debo,
y es ¡vive Dios! la eleccion
triste, muy triste, Parreño.

PAR. ¡Tú, femeniles flaquezas!
¡Ah, don Cárlos!... ¿tienes miedo?
(Acercándose á él y en voz baja.)

CARLOS. ¡Miserable!

PAR. ¡Duda horrible!

CARLOS. Me das lástima, buen viejo.
Pregunta en Flandes por mí;
pregunta en Italia luégo.
Contentos allá en sus tumbas
deben estar mis abuelos.
Pero no todo es luchar:
algo más anhela el pecho:
hay vagas aspiraciones,
hay mil dulces sentimientos...
En fin, tú no me comprendes.

PAR. Don Cárlos, bien te comprendo:

mueres de amor.

CARLOS. No lo sé.
Sí lo sé: de amores muero.

PAR. ¿Cuál es su nombre?

CARLOS. Lo ignoro.

PAR. ¿Italiana?

CARLOS. No por cierto:
española.

PAR. ¿Pero cuándo
has podido?...

CARLOS. Escucha atento. (Pausa.)
Llegamos esta mañana;
tomamos tierra en el puerto;
penetré solo en las calles
en mi negra capa envuelto,
y lentamente marchaba
revolviendo en el cerebro
venganzas para mi padre,
muertes mil para Pacheco.
La capa flotó hácia atrás;
bajé el embozo un momento,
y el puño de mi tizona,
libre de pliegues molestos,
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos.
Á una esquina dí la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso,
seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!
Dió un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo;
rasgó el tul y huyó ligera;
no la ví más... ¡y aún la veo!
¡Malhayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

PAR. ¿Y es eso todo? ¡Ilusiones

de enamorado mancebo!

CARLOS. Eso es todo, porque es vida,
es esperanza, y es cielo.
Escúchame y no te burles.
Suponme presa de un sueño
poblado de mil fantasmas,
de la calentura engendro;
é imagina que por fin,
tras largo luchar, despierto;
corro al balcon, y de un valle
perfumado, alegre, fresco,
sobre mi abrasada frente
brisas matinales siento.
¿Comprendes la sensacion
de bienestar, de consuelo,
que hubiese experimentado
mi ser en aquel momento?
Pues esto mismo sentí
cuando mis ojos la vieron.
Meditando en mi venganza;
ante mí pasando tercos
el cadáver de mi padre
y la espada de Pacheco,
alumbrados de esa luz
por los últimos reflejos,
marchaba yo por las calles
soñando más que despierto.
De repente yo la ví,
tan de cerca, que su aliento
sobre mi abrasado rostro
sentí perfumado y fresco.
Yo ví su frente purísima,
á la que rubios cabellos
coronaban, como suele,
con sus dorados reflejos,
coronar el sol que nace
monte de nieve cubierto.
Yo ví sus ojos azules,
que en verdad me parecieron
más celestiales, que aqueste
bellísimo firmamento,
que al fin este cielo es uno

y aquellos eran dos cielos.
Yo ví su dulce sonrisa,
y pensé en aquel momento
con la rapidez del rayo,
y del rayo con el fuego,
¿si en tu boca así es la risa,
qué será en tu boca un beso?
Y al ver tan divina mezcla
y conjunto tan perfecto,
de cuanto hay de más hermoso
en la tierra y en el cielo,
sentí. . yo no sé, ¡Dios mio!
lo que sentí; solo siento
¡que hay más luz en el espacio,
más aromas en el suelo,
más frescura en el ambiente;
y que están los aires llenos
de divinas armonías
y celestiales conciertos!

PAR. ¡Buena ocasion es, don Cárlos,
de pensar en devaneos!
¡Pobre Marqués de Quirós!

CARLOS. ¡Calla, calla!...

PAR. Pobre dueño,
tú descansas bajo el mármol
desgarrado el noble seno,
el que te arrancó la vida
su triunfo goza soberbio,
y el hijo que tanto amabas,
aquí, do cayó tu cuerpo,
celestiales armonías
está sin cesar oyendo.
¡Bien haya por la ventura
que goza el noble mancebo!

CARLOS. Dije que será esta noche.

PAR. ¿Me lo juras?

CARLOS. Lo prometo.

(Sale de la iglesia Fernando y marcha con lentitud.)

Gente sale de la iglesia.

PAR. Es tan solo un caballero.

CARLOS. Cubre el rostro, y sígueme,

que más tarde volveremos.

ESCENA V.

D. CÁRLOS, FERNANDO, PARREÑO.

FERN. ¡Cuán hermosa está rezando!
¡Con qué gracia el cuello inclina!
¡Qué palidez tan divina!
¡Cárlos!
CARLOS. ¿Qué miro? ¡Fernando!
(Fernando y D. Cárlos se reconocen y se abrazan. Parreño se retira al fondo.)
FERN. ¡Guerra en Flandes, y tu brío
aquí en la paz consumiendo!
CARLOS. ¡Tú de una iglesia saliendo;
tú, el filósofo, el impío!
FERN. Á rogar á un ángel fuí
para el alma salvacion.
CARLOS. ¿Rogaste?
FERN. De corazon.
CARLOS. ¿Y te escuchó el ángel?
FERN. Sí.
CARLOS. ¿Al fin su amor obtuviste?
FERN. No lo sé.
CARLOS. ¡Que no lo sabes?
FERN. Pregúntales á las aves,
si el aire cruzar las viste,
el camino que trazaron;
á los peces, en el mar,
pregúntales al pasar
la estela que en él dejaron;
quizá puedan responder
qué es del aire y las espumas;
pero saber no presumas
si hay amor en la mujer.
¡Ni cariño, ni pasion,
ni tu llanto, ni tu queja,
traza, rastro, huella deja
en su móvil corazon!
Es siempre, Cárlos, la impía
tan cariñosa conmigo,

que muchas veces me digo,
¡alienta, esperanza mia!
Hácia mi risueña viene,
coge mi mano ardorosa,
y está Aurora tan hermosa,
tales promesas contiene
aquel divino rubor
de su tez anacarada,
que en la voz, en la mirada
presumo encontrar amor.

CARLOS. ¿Y amor es eso?

FERN. No á fé.

CARLOS. ¡Loco estás!

FERN. Lo pienso á veces.

CARLOS. Fernando, tú no mereces
su cariño.

FERN. Ya lo sé.

CARLOS. ¿En qué fundas tu recelo?

FERN. Lo fundo en todo y en nada.
¡Siempre hay calma en la mirada
de aquellos ojos de cielo!
siempre que oprimo su mano
encuentro su mano fria.
Siempre que la llamo, «mia»
ella me llama, «su hermano.»
Lloro, y llora... sin pasion;
rio, y rie... sin delirio;
¡ó no entiende mi martirio,
ó no tiene corazon!
¿Has amado, Cárlos, dí?

CARLOS. Há muy poco, pero amé.

FERN. Pues si amaste, yo bien sé
que jamás amaste así.

CARLOS. Esperar debes que crezca
esa tierna simpatía.

FERN. Lo que anhela el alma mia
es que Aurora me aborrezca.
El humano corazon
pasa del odio al cariño;
pero de ese amor de niño
jamás nace una pasion.
Perdona si con mi pena

te molesto.

CARLOS. ¡Qué locura!

FERN. Pero es tanta la amargura
de que está la copa llena,
que con mano torpe y loca,
por dividirla contigo,
la llevé, mi buen amigo,
á la tuya de mi boca.

CARLOS. Siempre, Fernando, me viste
á tu servicio dispuesto.

FERN. ¡En aquel lance funesto
la vida, Cárlos, me diste!

CARLOS. De hazaña que poco vale
no aumentemos el valor.

PAR. Retirémonos, señor;
del templo la gente sale.
(Comienzan á salir algunas damas y caballeros de la iglesia.)

CARLOS. Dispon, Fernando, de mí
como antiguo camarada.
(Tendiéndole la mano.)

FERN. No está mi historia acabada:
algo me falta.

CARLOS. Pues dí.

FERN. Quiero confiártelo todo;
decirte quién es mi bella.
¿Ves, Cárlos, la casa aquella?
allí vive.

CARLOS. (Retrocediendo.) ¿De ese modo,
Aurora es hija del Conde?

FERN. ¿La viste? (Con desconfianza.)

CARLOS. Jamás la ví.

FERN. Entónces... ¡loco de mí!
¡tu enemigo!

CARLOS. Allí se esconde
quien vertió la sangre mia.

FERN. Perdona, Cárlos, mi olvido.

CARLOS. ¡Y por ella tú has sentido
esa amorosa manía?

FERN. Ausente de Barcelona
largo tiempo y ofuscado
por mi amor desventurado...

Perdona otra vez; perdona.

PAR. Vámonos presto, señor.

CARLOS. Adios, Fernando; en conciencia,
yo presumo que es demencia
lo que tú llamas amor.
(Salen D. Cárlos y Parreño.)

ESCENA VI.

FERNANDO.

¡Su enemigo!... De ese modo
muy natural le parece,
que porque al conde aborrece
le aborrezca el mundo todo.
Anegados en sus penas,
siempre ven los corazones
al través de sus pasiones
las desventuras ajenas.
Mas ahora que en ello pienso...
la presencia aquí de Cárlos...
el conde... Aurora... á buscarlos
corro al punto. Un velo denso
se ha quitado de mis ojos.
He de evitar, vive Dios,
que aquí se encuentren los dos,
y que estallen sus enojos.

ESCENA VII.

PACHECO, FERNANDO, AURORA, DOÑA JUANA.

Al dirigirse Fernando á la iglesia, se encuentra con Pacheco, á cuyo lado vienen Doña Juana y Aurora. Detrás la Dueña y el Escudero. Sale la gente del templo y se va alejando por las calles próximas. Pacheco, rodeado de Aurora, Doña Juana y Fernando, avanza hasta el proscenio: con sus ademanes, parece negarse á algo que le piden con insistencia.

PACH. Entrad en casa: yo iré
muy en breve.

AUR. ¡Padre mio,

ven!
(Con tono suplicante y procurando llevarle consigo.)

JUANA. (En voz baja.) (¡Fernando, en tí confío!)
FERN. ¡Señor!...
PACH. (Dirigiéndose á la verja del Cristo.)
Presto os seguiré.
JUANA. ¡Pacheco, mira mi llanto!
PACH. Dejadme que mi oracion
con calma y con devocion
rece ante ese Cristo santo.
¿No cumplo aqueste deber
todas las noches?
FERN. Mas hoy...
JUANA. Esos avisos...
PACH. No doy
á esos ruidos gran valer.
AUR. (Á Fernando en voz baja.)
(¡Ruégale por Dios, hermano!)
FERN. ¡Si llega Quirós!...
PACH. Le espero
aquí como caballero,
mientras cumplo cual cristiano.
JUANA. ¡Pacheco!
PACH. Juana, sosiega:
mañana van á dictar
órden para trasladar
á mi casa solariega
esa imágen. Entre tanto,
he de cumplir mis deberes...
JUANA. ¡Esposo!
AUR. ¡Padre!
PACH. ¡Mujeres,
me cansa ya vuestro llanto!
¡Que no hay tal peligro os digo:
si le hubiera, le esperára,
que yo no vuelvo la cara
ni á mi Dios, ni á mi enemigo!
Donde su sangre vertí
he de decir mi oracion:
tranquilo ya el corazon
disponga el Señor de mí.

AUR. ¿No escucharás á tu Aurora!
JUANA. ¿No cederás á mi ruego!
¡Nada consigo, está ciego!
AUR. Mira, padre, cómo llora!
(Señalando á Doña Juana.)
¡Padre! (Abrazándose á él.)
JUANA. (Queriendo abrazarle.) ¡Mi dueño!
FERN. (Al ver que Pacheco las rechaza.) ¡El rigor
es injusto!
PACH. ¡Yo lo mando!
¡Juana, Aurora, desde cuándo
no soy yo vuestro señor!
(Se separa de su mujer y de su hija, y extiende el brazo en ademan severo hácia la casa. Doña Juana y Aurora inclinan la cabeza dominadas por la autoridad del conde, y se alejan llorando. Sin embargo, se detienen aún é intentan volver, pero Pacheco las contiene con un gesto enérgico, é indica de nuevo la casa. Entran en ella, y Fernando las sigue.)

ESCENA VIII.

PACHECO, D. CÁRLOS, PARREÑO.

Pacheco avanza lentamente hasta la verja: se quita el sombrero, que deja en uno de los escalones, y se arrodilla en la misma escalinata. D. Cárlos y Parreño aparecen en la esquina de una de las calles y, recatándose, observan. La plaza solitaria. Por las ventanas de la casa del conde se ven pasar algunas luces.

PACH. Hijo de Dios que en la cruz
por nuestras culpas espiras,
tú, que en las almas inspiras
cuanto en ellas hay de luz,
ilumina mi conciencia
por el pecado manchada:
te lo pide acongojada
con voces de penitencia.
Como noble respondí
cuando mi honor ultrajaron,

dudas despues me asaltaron,
por eso vengo hoy á tí.
Golpeó un sayon tu mejilla
y le ofreciste las dos;
pero eras Hijo de Dios
y yo soy de humilde arcilla.
Si por acaso obré mal,
á mí venga tu castigo;
yo le espero y te bendigo,
¡oh mi Padre celestial!
Pero si obré con razon
y fué justo el escarmiento,
da paz á mi pensamiento
y paz á mi corazon.

(Pausa. Pacheco sigue de rodillas. Mientras pronuncia los últimos versos, D. Cárlos y Parreño se van acercando poco á poco, precediendo siempre éste a aquel, como si le atrajera hácia el conde.)

¿Dónde tu respuesta está
que mi mente se arrebata?

PAR. (Poniéndole una mano sobre el hombro.)
¡Aquel que con hierro mata
por el hierro morirá!

PACH. (Levantándose y poniendo mano á la empuñadura de la espada, pero sin desnudarla.)
¿Quién eres tú, vive Dios?

PAR. Quien acompaña á su dueño.

PACH. ¿Y aquel del adusto ceño?

PAR. Es el hijo de Quirós.

(Los personajes se hallan en el órden siguiente: Pacheco en pie, junto á la verja: delante de él y muy cerca, Parreño: un poco más lejos, embozado é inmóvil, D. Cárlos.)

PACH. (Á D. Cárlos.)
¿Qué quieres de mí?

CARLOS. (Descubriéndose.) ¿Lo dudas?

PACH. De todo dudo sin pruebas.

CARLOS. Espada en el cinto llevas.

PAR. ¡De color, Pacheco, mudas!

PACH. Éste que así se entromete
(Señalando á Parreño.)
y me insulta con empeño,

¿viene á ayudar á su dueño
por mi espalda?

PAR. ¡Infame!

CARLOS. Vete.

(Parreño se retira.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS, PACHECO.

PACH. ¿Á qué vienes?

CARLOS. Á buscarte;
y excusando alardes vanos,
vengo á morir á tus manos,
ó por mi mano á matarte.
(Desnuda la espada.)

PACH. Há poco me preguntaba,
si al dar á tu padre muerte
obré bien. De alguna suerte
una respuesta buscaba.
Tú me la vienes á dar
con esa espada desnuda:
ella resuelva mi duda
y cese ya mi dudar.
Dios decida entre los dos,
pues vió morir á tu padre.
(Señalando al Cristo.)
Ante Él y su santa Madre
reñiré en juicio de Dios.
Si obré bien caerás allí
do tu padre cayó herido;
(Indicando la escalinata de la verja.)
si obré mal y soy vencido,
Dios tenga piedad de mí.

CARLOS. Me cansan tantas razones:
ánsia tengo de luchar:
vine á morir ó á matar
y no á escuchar oraciones.
Conque afuera la tajante.

PACH. Cuenta que fuiste el primero
en desnudar el acero.
Y ahora, Cárlos, adelante.

(Desnuda la espada y riñen.)

ESCENA X.

PACHECO y CÁRLOS riñendo, AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO y PARREÑO desde dentro, ménos Aurora, que saldrá cuando lo indica el diálogo.

AUR. ¡Ruido de espadas! (Asomándose al balcon. Despues se retira precipitadamente.) Fernando! ¡madre! (Desde dentro.)

JUANA. ¡Dios mio! (Desde dentro.)

AUR. (Siempre desde el interior de la casa.) ¡Socorro! ¡Fernando!

FERN. ¡Aurora, ya corro
á salvarle! (Tambien desde el interior.)
(En todos estos versos y aun en el resto del acto gran rapidez.)

CARLOS. (Acosándole.) ¡Vas luchando
bravamente, buen Pacheco!
¡Nadie así me resistió!

PACH. ¡Es que soy Pacheco yo!

CARLOS. ¡Al fin! (Le alcanza una estocada á Pacheco.)

PACH. ¡Jesús! ¡Así el eco
resonó la noche aquella!
(Pacheco se lleva la mano al pecho, vacila, deja escapar la espada y cae al fin sobre la escalinata de la verja. En el mismo momento aparece Aurora en la puerta de la casa y busca á su padre con mirada ansiosa; despues ve á D. Cárlos. Al mismo tiempo que Aurora sale precipitadamente Parreño por la izquierda.)

AUR. ¡Padre del alma! ¡Asesino!
(Los actores quedan en el órden siguiente: Pacheco tendido sobre las gradas y espirante: Cárlos cerca de él, sin sombrero, con el pelo en desórden y la espada en la mano, clavando su vista en Aurora: ésta mirándole como fascinada: Parreño procurando llevarle.)

PAR. ¡Huyamos!

AUR. ¡Jesús divino!
(Da algunos pasos; despues se detiene como he-

rida por el rayo: pronuncia la precedente exclamacion y se lleva las manos á los ojos.)

CARLOS. ¡Es ella, Parreño, es ella!

AUR. ¡Yo le he visto al matador!
¡Padre! (Extiende los brazos, pero sin avanzar.)

PACH. ¡Aurora!... ¡ven!... ¡aquí!

AUR. ¡Sangre!.. ¡No veo, ay de mí!
(Da de nuevo algunos pasos y se detiene.)

CARLOS. ¡Ella, Dios santo, mi amor!
(Huye seguido de Parreño.)

ESCENA XI.

PACHECO, AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, criados, etc.

Doña Juana, Fernando y criados rodean á Pacheco. Aurora marcha sin direccion fija y extendiendo los brazos; despues vacila y cae, pero la sostienen las dueñas y doncellas.

JUANA. ¡Pacheco!

FERN. ¡Mortal la herida!

PACH. ¡Quiero abrazar á mi Aurora!

AUR. ¡Padre, dónde estás?... ¡Ahora
voy á tus brazos!

PACH. ¡Mi vida!...
¡voy á morir!... ¡y se niega
á mi súplica!

AUR. ¡No... voy!
(Se desprende de las mujeres que la sostienen y avanza, pero al fin se pára, agita los brazos en el aire y se lleva las manos á los ojos.)
¡Ven, Fernando! ¡Dónde estoy?

FERN. ¡Tú, mi bien!... Aurora!... ¡ciega!
(Corriendo al encuentro de Aurora y mirándola con afan.)

AUR. ¡Me hirió aquel rayo de luz...
(Con voz desfallecida.)
¡Fué la lámpara del Cristo!...
¡Al matador yo le he visto!
(Cae en los brazos de Fernando.)

PACH. ¡Ah, perdon... por esa cruz!
(Espira. Los actores quedan divididos en dos gru-

pos. En la escalinata de la verja Pacheco muerto: á su lado Doña Juana: á su alrededor criados. En el centro Aurora desmayada, sosteniéndola Fernando y doncellas. Ninguna luz más que la del retablo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de arquitectura gótica, elegante y severo. Á la derecha dos puertas. Á la izquierda, en primer término, una gran ventana; en segundo término una puerta.

En el fondo, y como si estuviera labrada en el muro, una capilla con el Cristo que ocupaba el retablo en el primer acto: una pequeña verja delante del Cristo, y una lámpara encendida. Al empezar el acto, las dos hojas de la puerta de la capilla estarán abiertas

Junto á la ventana un sitial de alto respaldo y talla gótica. Á la derecha, y en primer término, otro sitial y una mesa. Es de dia, al declinar de la tarde.

La escena en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, arrodillada ante el Cristo y orando.

Eres justicia y amor,
viste morir á mi esposo,
hoy te pide mi dolor
para el que murió reposo,
pena para el matador.

ESCENA II.

DOÑA JUANA, AURORA.

Aurora entra por la puerta de la derecha, primer término, y avanza lentamente. Doña Juana sigue de rodillas sin notar la presencia de Aurora.

AUR. ¿Dónde estás, querida madre,
que el dulce murmullo llega
de tu voz á mis oidos
y mis brazos no te encuentran?

JUANA. (Al oir la voz de Aurora, se levanta y cierra con precaucion las puertas de la capilla.)
¡Ven, Aurora, mi consuelo!
(Sale al encuentro de Aurora y se abrazan. Pausa.)
¿Por quién olvidé mis penas?
¿Por quién pude resistir
aquella desdicha inmensa?

AUR. ¡Pobre padre!

JUANA. ¡Qué locura
recordarte!... ¡qué imprudencia!

AUR. ¿Cuándo nos harán justicia?
¿En qué rincon de la tierra
el infame matador
arrastrará su existencia?

JUANA. Cálmate, Aurora.

AUR. Há tres años
que aquella trágica escena
ví pasar ante mis ojos,
y en esa bóveda negra,
que va conmigo doquier
cual si yo su centro fuera,
siempre, siempre la contemplo...
¡y sin embargo soy ciega!

JUANA. Hija del alma, mi Aurora,
yo te lo ruego, desecha
tales memorias.

AUR. No puedo.
No puedo aun cuando quisiera.
Aquel Cristo, aquella luz,

mi padre junto á la verja
espirando; el matador
al aire la cabellera,
los ojos en mí clavados
con espantosa fijeza,
y una espada toda sangre
aún empuñando en su diestra!...
¡Extraño mirar el suyo!
¡extraña figura aquella!...
¡Y era hermoso, madre; sí!
¿Verdad que no lo creyeras?
Pero ¡ay! que era la hermosura
del ángel de las tinieblas!

JUANA. ¡Por Dios, Aurora, hija mia!
(Abrazándola con ternura.)

AUR. ¡Me asaltan tales ideas!...

JUANA. ¡Vendrá Lorenzo...

AUR. ¿Qué dices?

JUANA. Y al verte agitada, inquieta,
sentirá que le domina
á su pesar la tristeza.

AUR. ¡Entristecerle, Dios mio,
cuando gozosa yo diera,
por evitar una lágrima
á Lorenzo, mi existencia!
Pero ignoras que tenemos
un proyecto: cuando sea
su esposa... ¿Lo seré pronto?...
(Se detiene avergonzada.)
Yo lo digo porque tenga
ese consuelo Lorenzo:
él sufre tambien sus penas
segun parece, y me jura,
que en siendo su compañera
entre los dos partiremos
las suyas y mis tristezas.

JUANA. ¿Vuestro proyecto cuál es?

AUR. Digo nuestro, áun cuando sea
más bien mio; pero al fin
él noblemente lo acepta.
Aquel que me dé su nombre,
á cambio de mi terneza,

hace suyos mis agravios. (Con gran energía.)

JUANA. ¿En vengar acaso piensa
á tu padre?

AUR. Me ha jurado,
que cuando yo le dijera:
«ese fué su matador»,
muerte le dará su diestra.

JUANA. Es Cárlos fiero enemigo:
¡Dios á tu esposo proteja!

AUR. ¡Ay, si algun dia ese hombre
frente á Lorenzo se encuentra!
¿Olvidas ya su valor
indomable en la pelea?
Yo no le ví: tú le viste
aquella tarde funesta.
Cuando detenido el coche
en una garganta estrecha,
en fuga ya nuestra gente;
solas las dos, sin defensa,
éramos de los bandidos
triste y codiciada presa;
¿quién sobre negro caballo
acude la rienda suelta?
¿quién con la tajante espada
la turba feroz ahuyenta,
la vida nos salva, y luégo,
obtenida nuestra venia,
á Madrid nos acompaña
modelo de gentileza?
¡Lorenzo, madre, Lorenzo!
Él mi acerbo llanto seca,
él tesoros de bondad
concede á la pobre ciega...
¿Pero qué te estoy diciendo?
¿Qué confusiones son estas?
Quise probar que era bravo
como ninguno en la tierra,
¡y concluyo por hablarte
de su amor y sus ternezas!

JUANA. ¿Le amas mucho?

AUR. Por Lorenzo
cien veces la vida diera.

No tienes celos, ¿verdad?
¿no te ofende mi franqueza?

JUANA. ¡Qué inocente! (Sonriendo y besándola.)

AUR. No eres tú
como Fernando. Á su vuelta,
cuando á Lorenzo conozca,
verás qué enojos me muestra.

JUANA. ¡Pobre Fernando, tal vez
nunca le veremos!

AUR. Cesa;
madre, por Dios, y no augures
otras desventuras nuevas.
(Se acerca Aurora á la ventana, y en ella se detiene.)

JUANA. ¡Por tí, Aurora, nos dejó!

AUR. ¡No sabes cuánta es mi pena!
¡Haber consentido al fin
en su temeraria empresa!

JUANA. Mucho te quiso, hija mia.
¡fuiste siempre tan severa
con él!

AUR. Su hermana fuí siempre
cariñosa, siempre tierna.
¿Mira, madre, ves allí
brillar la rosa bermeja
que Fernando me mandó
al embarcarse en Venecia
para Oriente? Pues en torno
cien flores el aire orean;
cien esencias se desprenden,
y cien aromas se mezclan
á la emanacion sutil
de su corola soberbia.
Sin embargo, yo te juro
que en mis sentidos penetra,
sin confundirse jamás
con los aromas y esencias
balsámicas, que en el aire
esparcen sus compañeras.
Pues de este modo, el cariño
de Fernando hasta mí llega,
sin que nunca lo confunda

con tu ternura materna,
ni con el ardiente amor
que Lorenzo me profesa.
¿Por qué se queja de mí?
¿En qué funda sus ofensas?
Es bueno, pero soberbio,
como esa rosa bermeja,
que fué su postrer adios
al embarcarse en Venecia.

JUANA. ¿Y si hubiese conseguido
su designio? ¿Y si trajera
ese filtro?...

AUR. Madre, madre,
no hay esperanza en la tierra:
la luz se extinguió por siempre
para mis pupilas ciegas!

ESCENA III.

AURORA, DOÑA JUANA, un CRIADO.

Por la puerta de la izquierda entra sigilosamente un Criado mostrando gran agitacion: llama por señas á Doña Juana hácia la derecha, y se pone varias veces el dedo en los labios en señal de silencio. Doña Juana le sigue y quedan ambos á la derecha formando un grupo. Aurora siempre en la ventana y sumida en profunda distraccion. Doña Juana y el Criado hablan en voz baja.

CRIADO. ¡Doña Juana!... ¡Válgame
la Vírgen de la Almudena!...

JUANA. ¿Qué ocurre?

CRIADO. ¡Pues... casi nada!

AUR. ¿Quién está? (En voz alta.)

CRIADO. Soy yo: Rivera. (Id.)
(Á Doña Juana.)
Silencio!... ¡Que no nos oiga!
¡Porque... vamos, la sorpresa
pudiera causarle daño!
¡Me dijo que las orejas
me cortaba!...

JUANA. ¡Pero quién?

CRIADO. ¡Quién ha de ser! Ya de vuelta
le tenemos... ¡Qué alegría!
JUANA. ¡Ilusion!...
CRIADO. Pues buena es esa!...
allí está!... ¡tan solo aguarda!...
JUANA. ¡Él... allí!...
CRIADO. Digo que venga?
(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando siempre en voz baja.)
¡Eh! ¡Don Fernando!
JUANA. ¡Dios mio!
(Entra Fernando: él y Doña Juana se abrazan con efusion: el Criado anda alrededor, y observando á Aurora con grandes demostraciones de misterio. Aurora, sin dejar la ventana vuelve la cabeza.)
CRIADO. (Á Doña Juana y Fernando.)
¡Silencio, que nos observa!
AUR. (Álguien vino... qué me importa,
no es aquel que el alma espera.)
(Doña Juana y Fernando quedan á la derecha: Aurora en la ventana y pensativa: sale el Criado.)

ESCENA IV.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

JUANA. ¡Al fin te estrecho en mis brazos!
(Abrazándole de nuevo.)
FERN. ¡Al fin! ¿Y Aurora?
JUANA. ¿La ves?
(Señalando hácia la ventana.)
FERN. (¡Ella!... ¡mi amor!)
(Hace ademan de precipitarse hácia Aurora, pero se contiene.)
No: despues.
¡Aunque me salte en pedazos
el corazon!
(Pausa· Fernando la contempla apasionadamente.)
¡Cuán hermosa!
AUR. (Volviendo la cabeza; pero siempre de pie al lado de la ventana, en actitud melancólica y poética, é iluminada por una luz más viva que la del resto

del salon, en el que debe dominar un tinte sombrío.)
Á pesar de la distancia,
inunda toda la estancia
el aroma de esa rosa.

JUANA. (Á Fernando en voz baja.)
La que enviaste de Venecia.

FERN. ¿De mí se acuerda?

AUR. ¡Fernando!

FERN. ¡Mi nombre murmura?

AUR. ¿Cuándo
volverá? ¡Qué torpe y necia,
y cuán ingrata en verdad,
fuí dejando que partiese
tal vez para que muriese
en lejana soledad!
(Oculta el rostro en el pañuelo para secar el llanto.)

FERN. ¡Qué importa lo que lloré,
qué importa lo que sufrí,
si de tus labios oí
lo que nunca olvidaré! (Pausa.)
¡Aquel desierto sin agua,
sus eternos arenales,
sus hordas y sus chacales,
su horrible calor de fragua!
¡Aquel apartado oriente,
aquella inmensa tristeza,
el reptil en la maleza,
la calentura en la frente!...
¿Qué valen, Dios de bondad,
ni qué valen mis dolores,
si el ángel de mis amores,
hoy de mí tiene piedad?

AUR. Ilusiones no acaricio,
de la luz los rayos rojos
no volverán á mis ojos
por tu noble sacrificio.

FERN. ¡No volverán!... ¡Vive Dios
que muy pronto lo dijiste!
Como eras ciega no viste
que de nueva ciencia en pos,

al agotar la de aquí,
marché al misterioso oriente,
porque es de la luz la fuente,
¡luz buscando para tí!
(Acercándose á Doña Juana y hablándola con creciente exaltacion.)
Hay yerbas maravillosas
en sus bosques dilatados!
¡cuentan que están impregnados
de aquellas luces hermosas
que abrillantan las esferas,
muchas piedras de colores,
los cálices de sus flores
y las pieles de sus fieras;
y que encuentra de esta suerte
quien ciertos jugos destila,
lumbre para la pupila
y filtros contra la muerte!
Yo sus ciencias estudié,
sus secretos descubrí,
al Indo y al Ganges fuí
y hasta Damasco llegué.
¡El cielo premió mi ardor,
escuchó mi ruego ardiente,
y traigo, Aurora, de oriente
nueva luz para mi amor!

JUANA. ¿Pero es verdad!

FERN. Verdad es.

JUANA. ¡Aurora! ..
(En voz alta y precipitándose en un arranque de alegría hácia Aurora. Fernando la contiene.)

AUR. ¡Madre!

JUANA. ¡Hija mia!...

FERN. Ahora no, que la alegría
es peligrosa. Despues.
(Conteniéndola de nuevo.)

JUANA. ¡Alienta, esperanza! (En alta voz.)

FERN. (En voz baja.) (No;
fuera un imprudente alarde.)

JUANA. ¿Cuándo?

FERN. Más tarde (Más tarde:
¡solos... solos... ella y yo!)

AUR. ¡Fernando!... ¿Dónde estará?
¡Ya nunca más le veremos!
JUANA. En el Señor esperemos:
quizá muy pronto... quizá...
FERN. ¡Silencio! (Conteniéndola.)
AUR. ¡Qué bien decías!
¡Cuántas veces sin razon
torturé su corazon
y amargué sus alegrías!
¡Ven, Fernando, por Dios, ven!
¡Me mata el remordimiento!
FERN. (¡Estrellas del firmamento,
arcángeles del eden!...)
AUR. ¿Por qué crece con la ausencia
el cariño?
FERN. ¡Sí, me amaba!
¡Y yo, Dios mio, dudaba
de tu infinita clemencia!
¡Ah, fatalidad, te venzo!
Ya soy dichoso.
AUR. (Aplicando el odo.) ¡Un corcel;
el de mi Lorenzo!... Es él.
FERN. (Cogiendo á Doña Juana por la mano con violencia, y preguntándola con angustia.)
Quién es él? ¿Quién es Lorenzo?
JUANA. Con la emocion... la alegría...
advertirte no he podido...
FERN. Quién es *él*? (Con frenesí.)
JUANA. Su prometido.
AUR. ¡El que adora el alma mia!
(Escuchando con gozo.)
FERN. ¡Ay de mí!...
(Se oprime la cabeza entre las manos, y da algunos pasos vacilante. El actor interpretará este momento como crea oportuno.)
AUR. ¡Cuánto tardaba!
JUANA. ¡Jesús, qué pálido estás! (Á Fernando.)
AUR. ¡Ven, mi Lorenzo!
(Sale por la puerta de la izquierda.)
FERN. ¡No más!
(Se tapa los oidos para no oir á Aurora, y retrocede hácia la derecha.)

JUANA. ¿Qué tienes? (Siguiéndole con afan.)
FERN. ¡¡Que yo la amaba!!
(Cae en el sillon de la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, FERNANDO.

JUANA. ¡La amabas?
FERN. Con loco amor,
y que me amaba creí.
Por ella tanto sufrí,
que es disculpable mi error.
Fué torpeza y egoismo:
me engañó mi ardiente anhelo:
¡pero á qué subirme al cielo
para arrojarme al abismo!
(Se levanta con nuevo arranque de desesperacion.)
JUANA. (¡Pobre Fernando, su pena
el corazon me traspasa!...
¡Mis ojos el llanto arrasa!...)
(Alto y consolándole.)
Calma tu dolor... serena
tu espíritu... ¡Qué egoista
es el corazon humano!
¡Y tú, que gozoso,
vienes á darle la vista!...
FERN. (Con terrible ironía.)
¡Sufrí yo cuanto he sufrido,
para que en dulces sonrojos
ella se mire en los ojos
de su amante prometido?
¡No verá á Lorenzo, no;
no verá la luz del dia;
vivirá en noche sombría
como siempre vivo yo!
¡Que aprenda Aurora á sufrir;
que no llegue nunca á ver;
y que agote el padecer
de anhelar sin conseguir!
JUANA. ¡Por Dios, Fernando!...

FERN. (Mirando á la puerta de la izquierda.)
Ya viene!...
¿en dónde, en dónde me escondo?
De mi razon no respondo.
JUANA. ¡Vamos!...
FERN. ¡Nada me contiene,
si á ese hombre mi vista alcanza!
(Doña Juana y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha: en el momento de llegar á ella, aparecen en la puerta de la izquierda Aurora y Cárlos. Este entra el primero, y por lo tanto, de espaldas, sin que Fernando pueda verle el rostro: trae de la mano á Aurora como guiándola. Fernando se detiene un instante y les mira con desesperacion, extendiendo los brazos hácia ellos.)
¡En esto viniste á dar
despues de tanto anhelar,
ilusion de mi esperanza!
(Salen Doña Juana y Fernando.)

ESCENA VI.

AURORA, CARLOS, con el nombre de LORENZO.

CARLOS. ¡Por qué cual bellos despojos
de llanto que ántes vertiste,
hoy á mi encuentro viniste
con lágrimas en los ojos?
AUR. Del pasado me acosaron
recuerdos tan sin piedad,
que contra mi voluntad
las lágrimas me saltaron.
CARLOS. Lo pasado fué torrente
que absorbió el mar de la nada;
la vida está consagrada
al porvenir y al presente.
AUR. ¡Ay de mí!
CARLOS. ¡Triste suspiro!
AUR. ¡Mi pobre hermano!...
CARLOS. (Con profunda ansiedad.) ¡Fernando!
¿vuelve acaso? ¿cómo? ¿cuándo?
AUR. ¡Ya no volverá!

CARLOS. (Respiro.) (Pausa.)
¡Fernando... sí... por quien soy,
que es digno de simpatía!
(Pronuncia estos dos versos Cárlos con entonacion fria y forzada.)
AUR. Hoy tienes la voz sombría!
CARLOS. Estás triste y triste estoy.
AUR. ¡Lorenzo!...
CARLOS. ¿Por qué te asombra:
que vaya á tu ser unido,
como el eco va al sonido,
como al cuerpo va la sombra,
quien cifra en tí su existencia,
y de tu cariño vive,
y sin tí sólo concibe
ó la muerte ó la demencia!
AUR. ¡Morir, delirar!... ¡Repito
que hoy estás triste!
CARLOS. Lo ignoro.
AUR. ¿Y es posible?
CARLOS. Ví tu lloro
y tus tristezas imito.
¿Ves, bajo el líquido velo
de su linfa, como el lago
pinta con sumiso halago
sombras y luces del cielo?
¿Le ves brillar con azul
purísimo y transparente,
cuando de oriente á poniente
los aires tienden su tul?
¿Le ves en la noche oscura
negro como el cielo mismo,
imitando aquel abismo,
el abismo de la altura?
Él refleja el rojo sol:
en sus hondas peregrinas
él refleja las neblinas
y refleja el arrebol.
Pues como el lago sereno
luz y sombra reverbera,
y de la celeste esfera
la imágen lleva en su seno,

¡yo reflejo tu dolor,
yo reflejo tu placer,
y en el fondo de mi ser
llevo el cielo de tu amor!

AUR. ¡Canto armonioso del alma!
¡cuán dulce tu voz resuena... (Á Cárlos.)
¡cómo se ahuyenta la pena,
cómo se torna la calma!
Fácilmente se trasluce
en terso lago el contento
cuando el azul firmamento
en su linfa reproduce;
mas tambien en claro dia
un cielo azul al hallarse
sin espejo en que mirarse,
cuánta pena sentiría!
Si soy cielo, pues así
lo ha ordenado tu deseo,
ese lago en que me veo
¿dónde está, Lorenzo?

CARLOS. Aquí,
en el alma; y si mirar
quieres en ella clemente,
en su fondo transparente
verás tu imágen vibrar.

AUR. (Tristemente.) ¡Dice que mire! pues yo
sólo miro un negro velo!
este que llamas tu cielo
nunca en tus ojos se vió. (Pausa.)
Que eres gallardo, la gente
me asegura.

CARLOS. ¡Vida mia!...

AUR. Pero agregan que es sombría
algunas veces tu frente.

CARLOS. Olvída, mi bien querido...

AUR. Puedo olvidarme de mí,
pero ¡ay, Lorenzo! de tí
imposible, no me olvido.
¿Es negra tu cabellera?
¿Es bizarra tu apostura?
¿Hay en tus ojos dulzura?
¡Todo esto saber quisiera!

CARLOS. ¡Aurora!
AUR. Perdon, mi bien:
ya lo sé; mas con saberlo
no me basta... ¡quiero verlo!
CARLOS. ¡Deliras!
AUR. ¡Verlo tambien!
¡La luz, Lorenzo!
CARLOS. ¡No más!
(¡En mi rostro su mirada
ver con espanto clavada!)
AUR. ¡Verte, Lorenzo!
CARLOS. (Jamás!)
AUR. ¡Escuchar tu voz amante,
adorarte cual te adoro,
y por más que á Dios imploro
no ver nunca tu semblante!
CARLOS. (Acercándose á Aurora y cogiendo su mano con cariño.)
La oscuridad es la calma,
y la luz es la inquietud;
del amor por la virtud
ve directamente el alma,
en misterioso arrebol,
lo que ver nunca podría
con toda la luz del dia
y todo el fuego del sol.
Cuando te acercas á mí,
cuando tus manos estrecho,
y el latido de tu pecho
resuena amoroso aquí;
cuando tu ser de esta suerte
se confunde con el mio,
¿de qué me sirve, Dios mio,
la luz del sol para verte?
¡Si es tu espíritu la luz
y á sí propio se ilumina!

ESCENA VII.

AURORA, CÁRLOS, FERNANDO.

Fernando entra violentamente por la puerta de la derecha, primer término, y se detiene á contemplar el grupo que forman Aurora y Cárlos. Éste último se halla de espaldas á Fernando.

FERN. (¡Los dos!... ¡Sí!... ¡bondad divina,
ven en mi ayuda!
(Procura contenerse: separa la vista de los dos amantes y oculta el rostro entre las manos.)
¡Esta cruz
ya me agobia y dobla al suelo
mis rodillas! ¡No, no más!)

CARLOS. ¿Siempre, siempre me amarás?

AUR. ¡En la tierra y en el cielo!

FERN. (Echando mano al puñal del cinto, pero sin acabar de desnudarlo y precipitándose sobre Cárlos.)
¡Basta!

AUR. ¡Su voz!
(Aurora se separa de su amante atraida por la voz de Fernando: Cárlos se vuelve rápidamente; él y Fernando se reconocen: éste último se detiene. En todos estos movimientos simultaneidad y rapidez.)

FERN. (¡Él!... ¡mentira!
¡ilusion de la venganza!)

CARLOS. (Él!... Fernando!...)

AUR. (Alto.) ¡Mi esperanza!
Hácia allí, Lorenzo, mira,
¡mira por mí, que no puedo!

CARLOS. ¡Yo tampoco puedo ver!
(Ocultando el rostro.)

FERN. (Acercándose á él y en voz baja.)
¡Eras tú!... ¡No puede ser!

CARLOS. (Lo mismo, con desesperada resolucion.)
¡Yo soy!

FERN. (Siempre en voz baja.) ¡Cárlos!

CARLOS. ¡No: más quedo
si no prefieres morir!

(Cogiéndole por un brazo: Fernando se desprende con energía, retrocede y se miran ambos en ademan colérico. Aurora presta oido atento.)
(Pausa.)

CARLOS. (En voz baja á Fernando.)
¡Salvé tu vida!

FERN. (Id. á Cárlos.) Es verdad.

AUR. (En voz alta.) ¿Pero quién es, por piedad?

CARLOS. (En voz baja á Fernando.)
¡Hoy la exijo!

FERN. (Id. á Cárlos.) ¡Y yo vivir
quiero como nunca ahora!

AUR. ¡Pero aquella voz... Dios mio!

FERN. Tu cólera desafío! (En voz baja á Cárlos.)

CARLOS. (En voz alta y sin poder contenerse.)
¡Fernando!

AUR. ¡Fernando!

FERN. (En voz alta.) ¡Aurora!
(Marchan Fernando y Aurora, cada uno al encuentro del otro y se abrazan con efusion. Cárlos queda á cierta distancia inmóvil y aterrado.)

AUR. ¡Es ilusion del deseo!

FERN. ¡Es albor de un nuevo dia!

CARLOS. ¡Y es comienzo de agonía
para tí. (Á Fernando en voz baja.)

FERN. (Á Cárlos en voz baja.) ¡No: para el reo!
Yo no asesiné á su padre;
yo no he robado su amor.

AUR. ¡Cuánta dicha!... ¡Y tú, traidor,
nada me dijiste!
(Á Cárlos en tono de cariñosa reconvencion: éste al oir la palabra *traidor* retrocede.)
¡Madre;
madre querida!

CARLOS. Prudente
será, Aurora, prepararla.
(Con afan y procurando conducirla á la puerta de la derecha, primer término.)

AUR. Es verdad... voy á anunciarla
que su deseo...

FERN. (Á Aurora adelantándose.)
¡Detente!

CARLOS. (Á Fernando cerrándole el paso y en voz baja pero terrible.)
¡Silencio!
(Á Aurora, llevándosela hasta la puerta.)
¡Pronto!

AUR. Los dos
aquí esperais... ¡Qué alegría!
¡Fernando!... ¡y tú, vida mia!
¡Madre, madre, ven por Dios!
(Sale por la puerta de la derecha, primer término: Fernando quiere seguirla; Cárlos le cierra el paso.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, FERNANDO.

FERN. Es mi amor esa mujer.
CARLOS. Será cuando más tu anhelo:
de su amor el alto cielo
va en el fondo de mi ser.
FERN. Yo le arrancaré de allí.
CARLOS. Podrás la vida quitarme;
pero su amor arrancarme,
no podrás, Fernando.
FERN. Sí.
De tu espada limpia y ancha
que empaña el brillo sospecho
en buen largo y en buen trecho
una roja antigua mancha.
CARLOS. Y vas á ser de ese modo
un infame delator?
FERN. Para conseguir su amor
pronto estoy á serlo todo.
CARLOS. Cuando á tu lado luchaba,
cuando mi pecho desnudo
era de tu cuerpo escudo
y mi sangre te mojaba,
pudiste decirme allí:
«por la vida que hoy me das
mañana recibirás
todo el mal que quepa en mí.»

¡Tu alma ruin de aquesta suerte
se me muestra agradecida!

FERN. Si allí me diste la vida,
aquí me has dado la muerte.

CARLOS. ¿Qué te robé que tuviera
ántes que yo el pecho tuyo?
Por mi propio bien arguyo
y arguyo de esta manera:
¡Yo sólo obtuve su amor!

FERN. Mas no pudiste obtenerlo,
que fué infame pretenderlo
del Conde en el matador.

CARLOS. Si no es tuya su venganza,
ni es suya tu sangre aleve,
¿en mi daño qué te mueve?
¿qué, Fernando?

FERN. La esperanza.

CARLOS. ¿Piensas que conseguirás...

FERN. Su cariño.

CARLOS. Empeño vano:
podrá amarte como á hermano,
como á su amante jamás.

FERN. ¡Sacrifiqué mi quietud
y mi vida por Aurora!

CARLOS. Se adora porque se adora,
mas nunca por gratitud.

FERN. ¡Si al fin sabe tu traicion
y la sabe por mis labios!...

CARLOS. Me odiará por sus agravios
y á tí por la delacion.
Imaginas por ruin precio
alcanzar un alma noble,
y tu crímen tendrá doble
escarmiento: odio y desprecio.
Yo le diré la verdad,
que la vida te salvé.

FERN. (Su cariño perderé:
tiene razon, es verdad.)

CARLOS. (Si á infundirle temor llego...)

FERN. (Por más que parezca extraño,
quien procura un desengaño
se hace odioso... ¡Estaba ciego!)

CARLOS. ¡El mal sólo engendra el mal,
y el deshonor, deshonor,
y á poner vas á tu amor
la traicion por pedestal!
¡Quieres su alma conseguir;
quieres llegar á su altura;
al cielo de su hermosura
soberbio intentas subir?
Pues para volar son malas
tus artes, que de entre el lodo
no sacaron de este modo
el plumaje de sus alas,
ni la tierna y misteriosa
pasajera golondrina,
ni la alondra peregrina,
ni el águila poderosa.
Cuando toma vida el cieno
brota el reptil de tal fuente,
y sólo cuando esplendente
el ancho espacio sereno,
de luz, aire y tintas suaves
engendra un ser á su hechura,
aparece la hermosura
de las plumas y las aves.
Lo juro por esta cruz:
(Golpeando la empuñadura de la espada.)
tu alma pierde á la que adora:
Aurora, como es Aurora
sólo habita entre la luz.

FERN. (Calma, calma.)

CARLOS. (¡Ya vacila!
¡Alienta, esperanza, alienta!)

FERN. (Si realiza lo que intenta
¡ay de mí!)

CARLOS. (¡Vaga intranquila
su vista!) (Alto.) Escucha, Fernando.

FERN. Escucha, Cárlos.

CARLOS. Dí pues.

FERN. Tú primero.

CARLOS. No, despues!

FERN. (Me mira.)

CARLOS. (Me está observando.)

(Pausa: se espian ambos recelosamente.)

FERN. Que con singular denuedo
á mi lado combatiste,
que sangre por mí vertiste,
ni he de negarlo, ni puedo;
y pues tuya es la razon,
dispuesto estoy á cumplir
cuanto quieras exigir
por aquella obligacion.
¿Qué pides?

CARLOS. Pido la vida:
tu silencio.

FERN. Callaré.

CARLOS. Fernando, te deberé...
(Con efusion y tendiéndole la mano, que Fernando no acepta.)

FERN. Basta ya. ¿Queda cumplida
mi obligacion de este modo?

CARLOS. Por la vida que te dí
cien vidas me das á mí!
¡Todo te lo debo, todo!
¡Dame, tu mano... tus brazos!

FERN. No, Cárlos, zanjé contigo
mi deuda: soy tu enemigo.
Están ya rotos los lazos
de gratitud y amistad,
y pues lo quiere la suerte,
entre los dos guerra á muerte
sin descanso ni piedad.

CARLOS. Bien sabe Dios que me pesa
y que quisiera evitarla.

FERN. ¿Prefieres dejar de amarla?

CARLOS. Eso nunca.

FERN. ¡La condesa!

ESCENA IX.

AURORA, DOÑA JUANA, CÁRLOS, FERNANDO.

AUR. (Á Doña Juana.)
¡Conque tambien lo sabías!
¿con que tambien me ocultaban

que á traicion se me acercaban
esperanzas y alegrías?

FERN. ¡Gozar quise en tu sorpresa!

JUANA. Yo prevenir tu emocion.

(Aurora espera un momento y presta el oido aguardando que Lorenzo diga algo.)

AUR. Lorenzo, por qué razon
nada me dices? ¿Te pesa
mi felicidad?

CARLOS. No á fé.

AUR. Ven... más cerca... más. . tu mano;
la tuya tambien, hermano.

(Coge una mano á Cárlos y otra á Fernando. Pausa: despues suelta las dos manos tristemente.)

Hay en ambos no sé qué. (Nueva pausa.)

CARLOS. No debe el alma mecerse
con excesiva confianza
en delirios de esperanza
que pueden desvanecerse:
pues en el mundo traidor,
muchas veces, vida mia,
lo que comienza alegría
suele terminar dolor.

FERN. No debe el alma entregarse
á una desconfianza ciega
entre tanto que no llega
el desengaño á tocarse;
que en el mundo, hermana mia,
aunque dicen que es traidor,
lo que comienza dolor,
suele acabar alegría.

AUR. Os confieso á mi pesar,
que no logro comprender
ni por qué debo temer,
ni por qué debo esperar.
¡Es completa mi ventura,
gracias al benigno cielo!

FERN. (En voz baja á Aurora.)
(¿Que á tu dicha en este suelo
nada falta, estás segura?
¡Mira bien!

AUR. (Id. á Fernando.) No puedo ver!

FERN. (Á Aurora.) (Ver no puedes? Pues te falta
la preeminencia más alta
quizás del humano ser
en esta vida terrena.)
CARLOS. (¿Qué están hablando los dos?)
FERN. (En voz baja á Aurora.)
¿Dónde está la luz de Dios
que todo el espacio llena?
AUR. ¡Basta; no me martirices! (Id á Fernando.)
FERN. ¿Quieres ver? (Á Aurora.)
AUR. (Á Fernando.) ¡Delirio vano!
FERN. ¡Es realidad! (Á Aurora.)
AUR. ¡Calla hermano!
FERN. ¡Es evidencia!
AUR. Qué dices?
JUANA. (¡Cómo les mira!) (Observando á Cárlos.)
CARLOS. (Mirando á Fernando.) (¡Ay de tí!)
(Á Doña Juana en voz baja.)
(¿Qué hablarán los dos?)
JUANA. (Á Cárlos, id.) (Tal vez
recuerdos de la niñez
evocan.)
FERN. (¿Lo quieres?)
AUR. (Á Fernando.) Sí.
FERN. Es preciso que nos deje
Lorenzo. (Á Aurora.)
AUR. (Á Fernando.) ¿De qué manera?
FERN. No lo sé. (Á Aurora.)
CARLOS. (En voz alta.) ¡Fernando!
FERN. (Id.) Espera.
AUR. (Á Fernando en voz baja.)
Yo haré que al punto se aleje. (Pausa.)
El exceso del placer
cual del dolor el exceso,
nos abruma con su peso:
me siento desfallecer.
Lorenzo, dame la mano...
acércame á esa ventana...
(Cárlos la conduce á la ventana y la hace sentar en el sitial.)
¡Aire quiero!... (¡Y luz mañana!)
¡Venid!... ¡mi madre!... ¡mi hermano!

¡Los tres!... ¡más cerca de mí!
(Queda Aurora sentada junto á la ventana. Doña Juana, Cárlos y Fernando, rodeándola: el salon envuelto en sombras, la ventana iluminada por los últimos rayos del sol.)
¡Cuánta dicha!... ¡De esas flores
los balsámicos olores
siento que llegan aquí!...
¡Siento el soplo de la tarde!
¡Y siento sobre mi frente
los rayos del sol poniente!
(Con dulce resignacion.)
¡Si no brilla, al ménos arde
y me presta su calor!...
¡Siento en fin dentro del alma
luz, aroma, brisa, calma!...
¡Es que siento vuestro amor!
(Con expresion de ternura. Doña Juana la abraza enternecida: ella estrecha la mano á Cárlos y despues á Fernando. Pausa.)
¡Dije aromas!... sobresale
entre todos uno... sí.
¿Llega á tí, Lorenzo, dí?
¡No hay aroma que le iguale!
¡Es ella... mi preferida!
(Á Cárlos.) ¿La ves en aquella reja?
(Á Fernando.) Es ¡ay! tu rosa bermeja
que te da la bienvenida.
(Con expresion de capricho infantil.)
Quisiera tenerla...

CARLOS. Iré...

AUR. ¡Eres tan galante!

CARLOS. ¡Aurora!...

AUR. (Disculpándose con infantil humildad.)
Es un capricho...

CARLOS. Que ahora,
al punto satisfaré.
(Cárlos hace un movimiento para marchar; Fernando le mira con sonrisa irónica; aquel se detiene y se acerca á éste.)
(En voz baja á Fernando.)
(¡Bien arguyo del comienzo,

puesto que arranco esa flor!

FERN. (Id. á Cárlos, riendo.)
Para dársela á mi amor.)

CARLOS. (¡Es verdad!)

AUR. ¡No vas, Lorenzo!
(Sale Cárlos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

Al salir Cárlos, se levanta Aurora precipitadamente, coge por la mano á Fernando y dan algunos pasos, alejándose de la ventana: Doña Juana les sigue; los tres forman un grupo estrechamente unido; en el diálogo gran rapidez.

AUR. Repite lo que há un instante (Con ansiedad.)
me decías.

FERN. ¿Quieres ver?

AUR. ¡Ver el sol? ¿Y puede ser?
¿Y será cierto?

FERN. ¡Delante
lo juro de aquella cruz!
(Señalando la capilla.)
¿Confianza tienes en mí?

AUR. ¿Si tengo confianza!

FERN. Sí.

AUR. ¡Fernando, pronto, la luz!

JUANA. Calma tus afanes. (Á Aurora.)

AUR. Madre,
la esperanza me enajena:
¿pero ves? estoy serena.
(Se acerca á Fernando y sigue con creciente ansiedad lo que dice.)

FERN. El cadáver de tu padre,
de sangre el rojo torrente,
la vista del matador,
de la luz el resplandor
hiriéndote de repente,
asaltaron tu pupila
y de horror la contrajeron,
pero no la destruyeron.

JUANA. ¡Por Dios, hija!...
AUR. Estoy tranquila.
(Separando á su madre dulcemente y acercándose más á Fernando.)
¡Sigue... sigue... por la cruz!
FERN. Filtros para dilatar
tus pupilas pude hallar
allí do nace la luz.
AUR. ¡Dios del alma! (Con arrebato de alegría.)
FERN. (Y voy á ver,
en tí, que mi pecho adora,
en tí, de mi cielo aurora,
nuevo sol amanecer!)
AUR. (Separándose de él y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
¡Lorenzo, Lorenzo!...
FERN. (Procurando detenerla.) ¡Calla!
AUR. ¿Qué dices?
FERN. Debe ignorarlo.
AUR. ¡Á mi Lorenzo ocultarlo!
De dicha mi pecho estalla,
y esta suprema alegría
no he de dividir con él?
FERN. ¡Hermana!
JUANA. ¡Aurora!
FERN. ¡Crüel!
AUR. ¡Mi Lorenzo, qué diría?
FERN. Ha de oponerse...
AUR. ¡Los dos
este instante me amargais,
cuando así le calumniais!
¡Ven, Lorenzo, ven, por Dios!

ESCENA XI.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, CÁRLOS con una flor en la mano. Aurora al oirle tiende hácia él los brazos.

CARLOS. ¿Qué tienes, Aurora mia?
FERN. ¡Detente! (Á Aurora.)
AUR. Lo he de decir:
quiero con él dividir

el dolor y la alegría.
Lorenzo, dale tu mano,
(Señalando á Fernando.)
y dale tu corazon;
yo te diré la razon...
¡él es tu amigo, tu hermano!
¡Le vas, Lorenzo, á deber
más que la vida!

CARLOS. ¡Qué escucho!
(Se acerca á Fernando; éste se separa mirándole irónicamente.)

JUANA. (Á Cárlos.) ¡Mucho le debes!

AUR. ¡Sí, mucho!
¡porque al fin te voy á ver!
(Se acerca á Cárlos en un momento de alegría: éste la rechaza; da algunos pasos vacilante y muestra claramente en todos sus ademanes el estupor que le domina. El actor interpretará, sin embargo, esta situacion como crea oportuno.)

CARLOS. ¿Vas á verme, Aurora!

AUR. ¡Sí!
En su anhelo generoso;
un filtro maravilloso
ha encontrado para mí!

CARLOS. ¡Espera! ¡No te comprendo!

AUR. ¡La luz, Lorenzo!

CARLOS. ¡Deliro!
¡Dices luz y sombras miro
do quiera la vista tiendo!

JUANA. (Acercándose á Cárlos y cogiéndole la mano.)
¡Verá la luz, Dios clemente!

AUR. Fijaré en tí la mirada.
(Acercándose tambien á Cárlos y hablándole al oido.)

FERN. Yo la palabra empeñada
cumplo religiosamente:
(Acercándose á su vez á Cárlos y hablándole en voz baja y sarcástica.)
¡doy la luz y nada más!

AUR. ¡Lorenzo, mi bien, mi amor,
al fin te veré!
(Aproximándose á Cárlos de nuevo y hablando con

voz apasionada.)

CARLOS. (Á cada personaje que se acerca retrocede huyendo con espanto de lo que oye.)

¡¡Qué horror!!
¡Ella!... ¡mi Aurora!... ¡jamás!
(Cae desplomado en el suelo; todos le rodean.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

Doña Juana, sentada en el sillon próximo á la mesa de la derecha: á su lado, de pie, Fernando: Aurora, en la puerta de la derecha, segundo término, escuchando con atencion. Es de noche: sobre la mesa una lámpara. El salon envuelto en grandes sombras: la puerta de la capilla cerrada.

AUR. Nada se oye: al fin reposa.
(Se aproxima á su madre.)
JUANA. Puesto que vela Fajardo
junto á Lorenzo, debieras
tú tambien algun descanso
dar al cuerpo dolorido
y al espíritu angustiado.
AUR. ¿Para qué, madre? Soy fuerte,
y esta noche empeño vano
fuera buscar el reposo
ántes de haber agotado,
ó de la dicha el placer,
ó el dolor del desengaño.
FERN. No temas, hermana mia,
y ten confianza.

AUR. ¡Fernando!
FERN. En la noche de tus ojos
y en la noche del espacio,
presto rasgará las sombras
un mismo sol con sus rayos.
Y en verdad que el nuevo dia
tendrá por afortunado,
en oriente dos auroras
y un sol no más en ocaso.
JUANA. ¡Dios te escuche!
FERN. Le pedí
con el alma y me ha escuchado.
JUANA. ¿Es infalible el remedio?
FERN. Él su virtud pregonando
al viajeró se presenta
que cruza el confin asiático.
JUANA. ¿Tú viste?...
FERN. Ví con mis ojos
y hasta toqué con mis manos.
(Pausa. Aurora se aproxima á su madre, y ambas escuchan con interés.)
Rodaba sus turbias aguas
inmenso el Ganges sagrado
entre bosques de palmeras
y laureles aromáticos.
Al pie de algun bananero
maullaba el tigre, y el rastro
del cocodrilo en la orilla
conservaba el limo blando.
Era de noche: las sombras
cobijaban en su manto
las aguas del sacro rio,
las selvas del suelo indiano,
y adivinaba el espíritu
en aquel nocturno caos
del misterioso infinito
el aliento soberano.
¡Do quiera la inmensidad,
lo enorme, lo ilimitado!
¡El baobab, el elefante,
el Himalaya, El Oceáno! (Pequeña pausa.)
En un bosque de bambús,

tapizando un ancho claro,
flores de humilde apariencia
y cálices azulados,
dulcemente dormitaban
sobre sus flexibles tallos.
¡Noche de aromas y brisas,
y de rumores lejanos!
Al fin llegó la mañana
por el Oriente inflamado,
inundó las florecillas
el sol con sus puros rayos,
y al punto todos aquellos
cálices ántes cerrados,
se abrieron bajo el influjo
maravilloso del astro.
Tus bellos ojos, Aurora,
son cálices azulados,
que dormitan dulcemente
todas sus hojas plegando.
De aquel sol los resplandores
en un filtro he condensado,
el jugo de ciertas plantas
cuidadoso destilando.
Y presto verás, bien mio,
flor dormida sobre el tallo,
al influjo prodigioso
de la luz del cielo indiano,
dilatarse tus pupilas,
cual las flores dilataron
sus corolas, al llegar
del sol los primeros rayos.
¡Ojos azules, abrid
vuestros cálices, que os traigo
la luz aquella de Oriente
en este filtro encantado!

AUR. ¡Si fuera verdad, Dios mio!

JUANA. ¡Si fuera verdad, Dios santo!

AUR. ¡Tanta dicha me enajena!

FERN. Me ofende sólo el dudarlo.
Quise infundiros la fe;
pero á mí no me ha bastado.
Su virtud maravillosa

que doquiera me ensalzaron,
por mí mismo puse á prueba
á mi regreso á Damasco.

AUR. ¿Será esta noche?

FERN. ¡Será!

JUANA. ¿Por qué tan pronto? Aguardando
á mañana...

AUR. ¡Madre, no!

JUANA. ¡El cielo nos dé su amparo!

ESCENA II.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, PARREÑO, este último con el nombre de FAJARDO.

Sale Parreño por la derecha (segundo término) con una luz en la mano.

JUANA. ¿Y Lorenzo? (Á Parreño.)

PAR. Vuelto apenas
de su penoso letargo,
mandóme llevar la luz
y obedezco su mandato.
(Deja la luz sobre la mesa.)

AUR. ¿Está más tranquilo?

PAR. (En tono brusco.) No.

AUR. ¿Pronuncia mi nombre?

PAR. Claro.

AUR. ¿Y qué dice?

PAR. (Impacientándose.) No lo sé.

AUR. ¿Suspira?

PAR. Suspira á ratos.

JUANA. ¿Habla?...

PAR. (Bruscamente y mostrando enojo por el interrogatorio.)
Poco, y jura mucho.

FERN. ¿Y no llama?

PAR. Sí: á los diablos.

JUANA. Escucharle no pudiste?...

PAR. No es oficio de... Fajardo
sorprender en el delirio
los secretos de sus amos.

AUR. ¿Qué secretos? No hay ninguno.

PAR. Tanto mejor; en tal caso
ni pudo decir él nada,
ni yo tampoco contarlo.
AUR El contento, la emocion
su espíritu trastornaron,
y al peso de tanta dicha
cedió mi Lorenzo amado.
PAR. Pues por lo visto, el señor,
que es en todo extraordinario,
tiene triste la alegría.
JUANA. Dice bien el buen Fajardo. (Pensativa.)
PAR. ¿En qué digo bien? (Volviendo sobre sí.)
JUANA. ¿En qué?
en observar que es extraño...
PAR. ¡Extrañar!... no extrañé nada,
ni aun habiéndolo extrañado,
lo dijese á voz en cuello
como cualquier mentecato.
Soy ya viejo, he visto mucho
y sé, que al hombre más bravo
eso que llaman amor
hace cobarde y menguado.
¡Él... Lorenzo... que es capaz
de emprenderla con el diablo
á cuchilladas!... ¡Por vida
de Barrabás!... ¡un desmayo!
(Á Aurora.) Podeis estar orgullosa,
bien le habeis domesticado.
FERN. ¡Ese lenguaje modera!
AUR. Sigue, sigue, buen anciano.
JUANA. ¡Pero Aurora!...
AUR. Tus palabras
no me enojan, al contrario,
ellas me prueban su amor.
CARLOS. ¡Fajardo! (Desde dentro.)
AUR. (Á Parreño.) ¡Escucha!
CARLOS. (Desde dentro.) ¡Fajardo!
PAR. ¡Válgame Dios, otra vez
al leon encadenado
le empieza la calentura!
Voy al punto... (Sale llevándose una luz.)
FERN. (Á Aurora.) Es necesario

aprovechar los momentos.
Retírate: algun descanso
toma, y despues...

JUANA. Ven, Aurora.

AUR. ¿Y despues?

JUANA. (Pensativa.) (¡Es muy extraño!)

AUR. ¡La luz!

FERN. La luz: te lo juro.
Vete. (Dulcemente y conduciéndola.)

AUR. Obedezco. Entre tanto
tú velarás por Lorenzo.

FERN. Por él quedaré velando.
(Salen Aurora y Doña Juana por la derecha, primer término.)

PAR. (Entrando de nuevo por la derecha, segundo término.)
(Á Fernando.) ¡Quiere marcharse! ¡Mejor!
¡Algun ángel le ha inspirado!
La espada... el sombrero... todo...
(Recogiendo, á medida que habla, estos varios objetos.)

CARLOS. ¡Fajardo!

PAR. ¡Ya voy!

CARLOS. (Con voz colérica.) ¡Fajardo! (Sale Parreño.)

ESCENA III

FERNANDO.

¡Pobre Aurora! anhela ver,
y así conspira en su daño,
sin llegarlo á comprender,
que el dolor del desengaño
será su prímer placer.
Hoy vive en la oscuridad,
y es dichosa, aunque delira.
¿Por qué busca la verdad,
si en una hermosa mentira
está su felicidad?
¿Por qué tan loca pasion
y tan ciego frenesí?
¿De qué sirve la razon?

¿Ó es que la llama hácia sí
del abismo la atraccion!
¡Qué importa! Quiero alcanzar
el amor de esa mujer,
y no voy á investigar,
si es preferible saber
ó es preferible ignorar.
Y despues que muera en tí,
dulce prenda de mi vida,
tu amor por Lorenzo, dí.
¿Tendrás, Aurora querida,
algun amor para mí?
No lo sé; mas por mi honor
que no dudo ni un instante:
ántes que verte ¡oh dolor!
en los brazos de otro amante,
muerta te quiere mi amor.

ESCENA IV.

FERNANDO, D. CÁRLOS, PARREÑO.

D. Cárlos entra por la derecha, segundo término; viene embozado y cubierto: marcha lentamente; á veces se pára. Parreño le sigue. Fernando se retira de snerte que no le vean y observa los movimientos de Cárlos. Puede, sin embargo, retirarse como en observacion, mientras dura el monólogo de D. Cárlos, al fondo de la ventana.

CARLOS. Sígueme. (Á Parreño.)
PAR. Ya sigo.
FERN. (Viene...) (Retirándose.)
CÁRLOS. (Sin moverse.) Salgamos pronto de aquí.
(Pausa.)
Aurora descansa allí.
¡Aurora!...
PAR. ¿Qué te detiene?
CARLOS. ¡Y tú me preguntas?... Nada. (Pausa.)
¡Cómo sostener podría
de la dulce prenda mia
frente á frente la mirada?
(Da algunos pasos para salir: despues deja caer el

embozo, inclina la cabeza y queda un momento en silencio.)

¡Nunca á mi lado estará,
encanto de mis sentidos!
¡su voz nunca en mis oidos
con amor resonará!
¡No más dulcísimo alarde
de mezclar nuestros alientos;
no más tiernos juramentos
al declinar de la tarde!
¡No me esperará mañana,
de amor el pecho inflamado,
bajo el contorno calado
de esa gótica ventana!
¡No la veré, Dios clemente,
hermosa como ninguna,
la blanca luz de la luna
sobre la pálida frente!
¡Pasarán hora tras hora,
horas de eterna agonía,
y tras un dia otro dia...
¡todos, todos... sin *Aurora*!
¡De tu hermosura jamás
vendrán á mí los reflejos,
que siempre léjos, muy léjos
de tu Lorenzo estarás!

(Pausa: oculta el rostro entre las manos.)

Dicen que he sido traidor,
que de sombras me rodeaba...
¡pero yo no te engañaba,
que era infinito mi amor!
¡Hoy la luz, sello infamante,
se clava sobre mi frente,
y verás al delincuente
en vez de ver al amante!
¡Si del cielo el resplandor
sólo nos muestra en la tierra
infamia, traicion y guerra,
al criminal vencedor,
y al inocente en la cruz!
¿Para qué hiciste, Dios mio,
más bien que benigno, impío,

tanto sol y tanta luz?

PAR. ¿Á qué te quejas en vano?
Ven pronto.

CARLOS. Espera, Parreño.
¡Y todo habrá sido un sueño!

PAR. Ese recuerdo liviano
quizá el tiempo desvanezca.
Salgamos pronto de aquí.

CARLOS. Dices bien, Parreño, sí:
no quiero que me aborrezca.
(Se dirigen ambos á la puerta de la izquierda. Don Cárlos se detiene y queda contemplando el sitial que se halla junto á la ventana.)

PAR. (En su rostro lleva impreso
de dolor sello fatal.)

CARLOS. (¡En ese mismo sitial
robé á sus labios un beso!)
(Alto á Parreño.)
¡Perderla! Y tú lo pensaste?
¡Marcharme! Y tú lo dijiste?
¡Pues vive Dios que mentiste!
¡ó cual necio te engañaste!
(Arroja la capa y el sombrero.)

PAR. ¿Qué intentas?

CARLOS. Mi frenesí
nada escucha, á nada cede.
¡Que el mundo entero no puede
arrancármela de aquí!
(Golpeándose el pecho.)

FERN. (Presentándose en el hueco de la ventana.)
Pero en cambio podré yo.

CARLOS. ¡Fernando!
(Pausa: se contemplan con ira reconcentrada.)

PAR. Prudencia ten!
(En voz baja á Cárlos.)

CARLOS. ¡Fernando, piénsalo bien!
¡Cede, te lo ruego!

FERN. No.

CARLOS. ¡Luchar pretendes conmigo
y no tiemblas al mirarme!

FERN. No es mi costumbre asustarme
al mirar á mi enemigo.

PAR. ¡Por Dios!
CARLOS. Déjame, Parreño,
PAR. ¡Por Dios!
CARLOS. Vete.
PAR. (En voz baja á Cárlos.) (Fuera estoy
y ya lo sabes, yo soy
de mi señor y mi dueño.) (Váse.)

ESCENA V.

D. CÁRLOS y FERNANDO.

CARLOS. ¡Si ver en mi alma pudieras,
si mi angustia adivinaras,
yo bien sé que te espantaras
(Con acento triste.)
ó compasion me tuvieras!
(Cambiando de tono y conteniéndose.)
Yo no quisiera ofenderte...
Yo no quisiera irritarte...
¡Dí si hay modo de apiadarte,
ya que no de convencerte!
Si en mi ciego aturdimiento,
si en mi estilo de soldado,
pude algo haber pronunciado
que te ofenda... me arrepiento.
Lo ves? pido compasion!
De soberbio no me tildes:
busco palabras humildes
que ablanden tu corazon.
¡Contempla aquí mi altivez
humillada á su despecho:
mira mi sangre del pecho
afluyéndome á la tez!
¡Yo! Don Cárlos de Quirós,
de Italia espanto y de Flandes,
yo el más grande entre los grandes,
perdon te pido por Dios!
(Oculta el rostro entre las manos y dobla el cuerpo rendido y quebrantado.)
FERN. Modera, Cárlos, tu afan,
y calma tu frenesí:

ni ofensas tengo de tí,
ni á tenerlas fuera tan
insensible á tu dolor,
que olvidarlas no quisiera;
mas la causa existe entera,
puesto que existe tu amor
y que es mi sola esperanza
esa mujer en la vida,
de esta lucha maldecida
á que el destino nos lanza.
(Hace un movimiento para salir.)

CARLOS. ¡No te marches! ¡Irás luégo!
(Deteniéndole con ademan y voz suplicantes.)
¡Escucha, Fernando, escucha,
que aunque tu pasion es mucha,
has de ceder á mi ruego!
Tu alma noble y generosa,
(Con voz persuasiva.)
tu suprema inteligencia
exploraron de la ciencia
la region maravillosa.
¡La alquímia... y el astrolabio...
piedras,... plantas,... teología,...
la humana filosofía...
todo!... ¡En fin, eres un sabio!
¿Para tí, qué es el amor?
un capricho, un desvarío;
fiebre, cansancio y hastío:
¡una forma del dolor!
¡Á tí te darán consuelos,
si te venzo en esta guerra,
con sus portentos la tierra,
con sus asombros los cielos!
En cambio, ¿qué vengo á ser?
(En tono cada vez más suplicante.)
No más que un rudo soldado.
¿De todo, qué me ha quedado?
¡El amor de esa mujer!

FERN. (Con profunda ironía.)
Mi ciencia, que al fin no es mucha,
fuera ciencia de pedante,
si tú, con ser ignorante,

vencieses en esta lucha.
Ni con asombros los cielos,
ni con portentos la tierra,
pueden mitigar la guerra
de mi amor y de mis celos.
¡Mil alquimias y astrolabios,
piedras, plantas, teología,
tierra y cielo yo daría
por un beso de sus labios!
Si esa mujer es la estrella
de tu vida y tu esperanza,
tampoco á mí se me alcanza
cómo he de vivir sin ella.
¡Conque cesa de gemir
y entiende por Belcebú,
que has de cedérmela tú,
ó yo la he de conseguir!

CARLOS. ¿Y todo es inútil? (Con ira.)

FERN. Todo

CARLOS. ¿No cedes? (Con ira reconcentrada.)

FERN. Ceder... por Cristo!

CARLOS. ¡Con qué placer me habrás visto
arrastrarme por el lodo!
¿Lucha quieres?

FERN. ¡Lucha quiero!

CARLOS. ¿Sin tregua?

FERN. ¡Sin compasion!

CARLOS. Ántes te habló el corazon:
¡ahora te hablará el acero!
(Desnuda la espada con fiereza.)
¡Ruin astrólogo, tu ciencia
te valga aquí y tu coraje,
que este es el sólo lenguaje
que hablo yo con elocuencia!

FERN. ¿Reñir pretendes?

CARLOS. ¿Lo dudas?

FERN. ¡Mucho en tu valor confías!

CARLOS. Muy poco en el tuyo fías,
pues la espada no desnudas.

FERN. (Con ironía.)
¿Discurres matarme? (Con calma.) ¿Y qué
dirás, cuando Aurora venga

y ensangrentado detenga
mi cuerpo su leve pié?

CARLOS. Que yo la muerte te dí.

FERN. ¿Y serán la causa?

CARLOS. Celos.

FERN. (Dando una carcajada.)
¡Pues no está, viven los cielos,
mal pensado! Pero así
has de ser, mal que te cuadre,
á los ojos de tu Aurora
mi asesino.

CARLOS. Si ella ignora
que lo he sido de su padre,
voy ganando, ¡vive Dios!
la diferencia que media
entre Lorenzo de Heredia
y don Cárlos de Quirós.
Y pues al fin en mi mano
sangre tiene que tocar,
la del padre he de borrar
con la sangre del hermano.
Grande será su dolor,
mas toda mujer perdona
un crímen, cuando le abona
el delirio del amor.

FERN. ¡Va discurriendo el soldado
cual doctor de Salamanca!

CARLOS. Sin embargo, no te arranca
esa espada del costado.

FERN. ¡Quién hay que á tanto resista?

CARLOS. ¿Riñes?

FERN. Sí, pero no ahora.

CARLOS. ¿Pues cuándo?

FERN. Cuando á mi Aurora
haya devuelto la vista.

CARLOS. No abrigues esa ilusion.

FERN. (Irónicamente.)
Sin embargo, de eso tráto.

CARLOS. Y yo, Fernando, te mato...

FERN. (Lo mismo.) ¿De veras?

CARLOS. ¡Sin com pasion!

FERN. ¿Y bien?

CARLOS. (Amenazándole.) ¡Defiéndete!
FERN. ¡Hiere!
(Presentando el pecho, pero retrocediendo hácia la capilla. Entra Parreño y se acerca por la espalda á D. Cárlos.)
CARLOS. ¡Mira que mi sangre arde!
FERN. ¡Toma mi vida!
CARLOS. ¡Cobarde!
FERN. ¡La muerte aguardo!
CARLOS. ¡Pues muere!
(D. Cárlos se precipita sobre Fernando: éste abre las dos puertas de la capilla y presenta el pecho á la espada de su enemigo: Parreño sujeta el brazo á D. Cárlos.)
FERN. Á Dios pongo por testigo
de la muerte que me das.
PAR. Don Cárlos, no matarás
á un indefenso enemigo.

ESCENA VI.

AURORA, CÁRLOS, FERNANDO, PARREÑO.

AUR. Fernando, la noche pasa.
FERN. En cambio llega la aurora.
AUR. ¿Con quién hablabas ahora?
FERN. Con Fajardo.
(Á Cárlos en voz baja.) (¡Pues fracasa
tu proyecto!)
PAR. ¡Entra, señor!...
CARLOS. ¡Aquí no!
PAR. Se va acercando.
(Cárlos intenta retroceder, pero Aurora avanza hácia ellos, y Fernando y Parreño le obligan á entrar.)
FERN. (Á Cárlos en voz baja.)
(Vaya á solas consultando
al testigo el matador.)
(Entra Cárlos en la capilla, y cierran Parreño y Fernando las puertas.)
AUR. ¿Y Fajardo? (Con cierta desconfianza.)
FERN. (En voz baja.) (Date priesa
y habla.)

PAR. (Con mal humor.) (Yo no sé fingir.)
¿Qué mandais? (En voz alta.)
AUR. Nada.
FERN. (En voz baja.) (Haz venir
al instante á la condesa.)
(Sale Parreño por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

AURORA, FERNANDO.

AUR. ¿Y Lorenzo?
FERN. Meditando
sin duda está en sus deberes,
que entiende al fin.
AUR. (Con enojo.) ¡No le quieres!
¡tú no le quieres, Fernando!
¿Sus deberes cuáles son?
FERN. (¡Con mil tempestades lucho!)
AUR. El primero amarme mucho:
con todo su corazon:
¿y no me ama?
FERN. (¡Cruel porfía!)
AUR. El segundo... yo no sé:
pero pienso por mi fé,
que es amarme todavía.
El tercero... y los restantes...
y todos en conclusion,
resulta que al cabo son
los mismos que fueron ántes.
(Con malicia infantil.)
Y hallamos ¡bondad divina!
hecho ya nuestro recuento,
que sólo hay un mandamiento
del amor en la doctrina.
FERN. ¡Basta, Aurora!... (Con enojo.)
El tiempo pasa.
AUR. ¡Pongo mi confianza en tí!
FERN. ¡Sígueme!
AUR. Fernando, sí,
que la impaciencia me abrasa.

(Del cielo la claridad, (Deteniéndose.)
la luz del sol voy á ver,
y casi siento perder
esta triste oscuridad.)

FERN. Llega el instante, ven.

AUR. Sí.
(Adios, noche en que he vivido
y en que tan dichosa he sido,
aún puedo volver á tí:
de mis venturas comienzo,
si tales son mis antojos,
(Con cierta malicia.)
con sólo cerrar los ojos
y dar mi mano á Lorenzo.

ESCENA VIII.

AURORA, CÁRLOS, FERNANDO.

Aurora y Fernando se dirigen á la derecha: Cárlos sale de la capilla, cerrándose despues las puertas.

CARLOS. ¡Aurora!
(Aurora se detiene al oir la voz de Cárlos, volviéndose hácia él. Fernando procura retenerla.)

FERN. (Á Cárlos.) Viniste tarde,
que es mia su voluntad.
(Aurora se desprende de Fernando, y Cárlos y ella se acercan uno á otro con afan: movimiento de despecho de Fernando y de alegría de Cárlos.)

AUR. ¿Se acerca la claridad
del dia?

CARLOS. (Sombrío.) No: ni el sol arde.
Aquí... ¡tan solo esa luz!
y dentro de la capilla,
(Mirando hácia atrás con cierto temor supersticioso.)
¡una lámpara que brilla
ante el Cristo de la cruz!

AUR. ¡Siempre noche en derredor!

CARLOS. Siempre noche y poco importa,
¡que aun eterna fuera corta
para nuestro inmenso amor!

AUR. ¡Es que quiero tu semblante
ver, Lorenzo!
CARLOS. Empeño vano:
todo rostro es un arcano:
¡ves el alma y es bastante!
(Movimiento de Aurora.)
¡Ay, Aurora, no codicies
de mi cariño otra prueba
que la que en sí mismo lleva!
Ilusiones no acaricies:
¡el sol de la creacion
podrá alumbrar todo un mundo,
mas no alumbrará el profundo
abismo del corazon!
¡Yo soy tu felicidad;
yo soy la dicha y la calma;
soy el reposo del alma
en la eterna oscuridad!
(Aurora se deja atraer dulcemente por Cárlos.)
FERN. ¡Y luché cuanto he luchado,
y sufrí cuanto he sufrido,
y todo habrá inútil sido;
porque un loco enamorado
exalte tu fantasía
y oprima tu corazon!
AUR. Es verdad; tiene razon;
es injusta tu porfía!
(Á Cárlos, separándose de él.)
FERN. ¡Conmigo la claridad
de los cielos; la evidencia
de todo; la transparencia
divina de la verdad!
CARLOS. ¡Ella me rechaza... y huye!...
(¡Nos separará un abismo!)
FERN. De su insensato egoismo
en la defensa, qué arguye?
CARLOS. La noche al dejarte á tí
me aprisionará en su tul,
¡y si en tí fué noche azul
noche negra será en mí!
AUR. ¡Eso es delirar, Lorenzo!
CARLOS. ¡No me abandones, Aurora!

FERN. ¡Ven, hermana, que ya es hora!
CARLOS. ¡Ven, mi amor!
AUR. Despues.
FERN. ¡Yo venzo!
(Aurora y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha, primer término: Cárlos, loco ya de desesperacion, les cierra el paso.)
CARLOS. ¡No sigas! (Á Fernando.)
FERN. ¡He de pasar
y andas en ceder reacio!
CARLOS. ¡Tinieblas del negro espacio,
sombras del fondo del mar,
noche de negro capuz,
venid todas en mi ayuda!
AUR. ¡Lorenzo?
CARLOS. (Á Fernando.) ¿Lo ves? ¡Ya duda!
AUR. No dudo: quiero la luz!
(Acercándose á Fernando como para buscar proteccion.)
FERN. ¡Pronto! (Intentando separar á Cárlos.)
CARLOS. ¡Atrás!
AUR. ¿Qué desvarío
te avasalla?
FERN. ¡Paso franco!
CARLOS. ¡Antes la vida te arranco!
AUR. ¡Madre!... Fernando!... Bien mio!
(Se interpone entre Cárlos y Fernando.)

ESCENA IX.

AURORA, DOÑA JUANA, CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

Doña Juana y Parreño aparecen en la puerta de la derecha, primer término, por donde iban á salir Aurora y Fernando. Cárlos retrocede: Aurora se abraza á su madre: Fernando queda cerca de ambas: Parreño va á colocarse junto á Cárlos.

JUANA. ¿Qué ocurre?
AUR. Nada... (¡Mi pecho
va á saltar!)
JUANA. ¿Pero qué ha sido?
FERN. De un vértigo poseido

saltó Lorenzo del lecho,
llegó impetuoso hasta aquí,
y en su fiebre de alegría,
al ver que la luz del dia
á su amada prometí,
dijo... lo que no pudimos
comprender, que una locura
es al fin la calentura.
Con gran pena contuvimos,
pero contenido está
su arrebato, entre los dos,
en esto llegásteis vos
y vedle tranquilo ya.

JUANA. (Á Fernando en voz baja.)
Es extraño lo que vemos.

PAR. (Á Cárlos en voz baja señalando á Doña Juana.)
Algo sospecha.

FERN. (En voz baja y con cierta ironía á Doña Juana.)
El placer
enloquece.

JUANA. (Á Fernando siempre en voz baja.)
Podrá ser;
pero pronto lo sabremos.

FERN. (En voz alta.) Ahora la prueba suprema.

AUR. (En voz baja.) Adios, mi Lorenzo.

CARLOS. ¡Impía!

(Se acerca á Cárlos y toma su mano; pero Cárlos permanece inmóvil, silencioso y como petrificado; Doña Juana intenta separar á Aurora.)

JUANA. Aurora.

AUR. Voy, madre mia.

JUANA. Sígueme... (Llevándola consigo.)

AUR. (¡Su mano quema!)

FERN. (Á Cárlos en voz baja y señalando á Aurora, que se aleja apoyada en Doña Juana.)
Tú, el matador de su padre,
tú, aleve entre los aleves,
arráncala, si te atreves,
de los brazos de su madre.

(Salen Doña Juana, Aurora y Fernando.)

ESCENA X.

D. CARLOS, PARREÑO.

PAR. Don Cárlos, ven, ya la suerte
está echada y decidida.
(Cogiendo la capa y el sombrero de D. Cárlos y procurando llevarle.)

CARLOS. Entre la muerte y la vida
dióme el destino la muerte.

PAR. Basta ya de desvarío;
que partir conviene infiero.

CARLOS. (Separa á Parreño, y sombrío y distraido se acerca á la ventana.)
Déjame: respirar quiero
de la noche el vapor frio.

PAR. ¿Qué esperas? Ella vendrá
á esta sala muy en breve.

CARLOS. (Enumerando con frialdad.)
Y en mí al traidor, al aleve,
al asesino verá.

PAR. Si no quieres que así sea,
salgamos pronto de aquí.

CARLOS. Es que quiero verla, sí,
y quiero que ella me vea.
La luz brotará en sus ojos
cual nuevo sol que amanece,
y aunque es sol que me estremece,
buscaré sus rayos rojos.
¡Verla, sí! Que llega el dia
y soy como el moribundo,
que al despedirse del mundo,
en lucha con su agonía,
la vista fija en la cruz,...
el sol divisa en oriente,
y alza en el lecho la frente
¡buscando un rayo de luz!
¡Verla por última vez;
aunque me maldiga airada,
y el fuego de su mirada
abrase mi palidez!

¡Aunque se deje arrastrar
por sus sangrientos rencores,
y llame á sus servidores
y la muerte me haga dar!
¿Quién sabe? Ya su furor
saciado de esta manera,
quizá más tarde tuviera
algun recuerdo de amor!
¡Tal vez en la noche oscura,
recatada bajo el manto,
fuera á regar con su llanto
mi olvidada sepultura!
Si despues que yo muriese
Aurora me perdonase,
si con nuevo amor me amase,
y sus lágrimas sintiese
sobre mi losa caer...
¡del mismo infierno saldría,
y á mi sepulcro vendría
sus lágrimas á beber!
¡Y tal dicha que la mente
no concibe; tal ventura
que sólo existe en la altura
celestial, y que impotente
lengua humana nunca nombra,
mi espíritu estremeciera,
cuando su llanto sintiera
entre mis labios de sombra!
¡Si la luz... si este dolor...
si quizá el blanco sudario,...
juzgó Dios que es necesario
para sublimar su amor...

PAR. ¡Basta!

CARLOS. No, que anhelo más!

PAR. ¡Vamos pronto!

CARLOS. Les espero.

PAR. ¡Van á llegar!

CARLOS. Eso quiero.

PAR. ¡Al abismo, señor, vas
con tu pasion maldecida!

CARLOS. Así lo quiso la suerte.

PAR. ¡Á su padre diste muerte!

CARLOS. Á ella le daré mi vida.
PAR. ¡Oígo pasos!
CARLOS. Vienen, sí.
PAR. (Procurando llevarle, pero sin conseguirlo.)
¡Por el cielo!... ¡Por tu madre!
Vendrás aunque no te cuadre!
(Forcejeando, pero sin vencer la fria resistencia de D. Cárlos, que permanece inmóvil con la vista fija en la puerta por donde ha de llegar Aurora.)
¿La muerte quieres?
CARLOS. ¡Allí,
allí viene!
PAR. (Con desesperacion.) ¡Y no le venzo!
¡Por estas canas, señor!
CARLOS. ¡Ella!... ¡mi Aurora!... ¡mi amor!
(Sin atender á Parreño y mirando siempre á la puerta. Aurora aparece sostenida por Fernando y su madre, y con una venda sobre los ojos.)

ESCENA XI.

AURORA, DOÑA JUANA, CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

AUR. (Desprendiéndose de su madre y Fernando.)
¿Dónde, dónde está Lorenzo?
CARLOS. Aquí está y aquí te espera.
(Aurora y Cárlos se encuentran.)
FERN. (Acercándose á Cárlos y hablándole al oido.)
(¿Qué proyectas, insensato?)
CARLOS. (Á Aurora.) Siempre me amarás?
AUR. ¡Ingrato!
CARLOS. ¡Dí!... ¿Suceda lo que quiera
tu corazon será mio?
AUR. ¡Aunque tú me aborrecieses,
aunque mi sangre vertieses,
fuera tuyo mi albedrío!
CARLOS. ¡Júralo!
AUR. ¡Sí; por mi padre!
CARLOS. ¡Rasga ese lienzo! (Señalando la venda.)
FERN. (¿Qué intenta?)
CARLOS. ¡Rasga... aunque el dolor que sienta
el corazon me taladre!

¡Despues, mírame!
(La lleva á la mesa en que está la luz.)

AUR. ¡Mi amor!
(Intenta arrancarse la venda; pero Cárlos la detiene espantado y arrepentido.)

CARLOS. ¡Espera!... ¡No!... ¡Luégo!

AUR. ¡Sí!
(Aurora insiste; pero Cárlos la contiene todavía. Ambos deberán estar junto á la mesa, y á su alrededor llenos de ansiedad los demás personajes.)

CARLOS. ¡Despues!... ¡Más tarde!... ¡Ay de mí!

AUR. ¡Suelta! (Procurando desprenderse de Cárlos.)

CARLOS. (¡Me falta valor!)

JUANA. ¡Qué misterio!...

FERN. ¡Concluyamos!
¡Contempla al fin de tu amante,
de tu Lorenzo el semblante!
(Pronuncia estos dos últimos versos con terrible ironía y arrancando la venda de los ojos de Aurora.)

CARLOS. ¡No!
(Derriba la luz rápidamente, se apaga, y queda todo en profunda oscuridad.)

AUR. ¿Qué hiciste?

PAR. ¡Al fin! ¡salgamos!
(Cogiendo á D. Cárlos y procurando llevarle consigo.)

AUR. ¡Lorenzo del alma mia! (Acercándose á él.)

CARLOS. ¡Otra vez la oscuridad!
Lo ves? La felicidad
huye de la luz del dia!
(Atrayéndola apasionadamente á sí.)

FERN. ¡Hermana!

JUANA. ¡Aurora!

PAR. (Á Cárlos.) ¡Por Dios!

AUR. ¡No me dejes!

CARLOS. ¡Yo dejarte!

FERN. (Aproximándose á la puerta de la izquierda.)
¡Luces pronto!

CARLOS. (En un arranque de ira.) He de matarte
ó dejo de ser Quirós!
(Desde que se apaga la luz hasta este instante, se efectúan los siguientes movimientos escénicos: Don Cárlos y Aurora forman un grupo que queda

próximo á la mesa. Parreño inmediato á D. Cárlos y por lo tanto unido al grupo anterior. Doña Juana vaga perdida en la oscuridad, buscando á su hija. Fernando se dirige como queda dicho á la puerta de la izquierda. Al pronunciar el último verso D. Cárlos, se separa violentamente de Aurora, desnuda el acero y se arroja hácia donde oyó la voz de Fernando. Ambos se encuentran: Fernando saca la espada y riñen con furor, marchando en direccion á la capilla.)

CARLOS. ¡Defiéndete!

JUANA. ¡Aurora!

AUR. ¡Madre!

CARLOS. ¡Retrocedes? (Acosándole.)

(Mientras se pronuncian los últimos versos, Doña Juana y Aurora se encuentran, y unidas se aproximan algo á la capilla, que es la direccion en que se oye el ruido de las espadas. Los movimientos anteriormente explicados, traen á los actores á la siguiente situacion. Cárlos y Fernando riñendo junto á la capilla, pero á la izquierda, y de modo que Fernando sea el más próximo al centro. Parreño detrás de D. Cárlos. Aurora y Doña Juana á la derecha, ocupando Aurora la posicion más inmediata al centro. Así, pues, los cinco personajes forman dos grupos: Fernando, Cárlos y Parreño, á la izquierda; Aurora y Doña Juana, á la derecha. Al llegar á este punto, Fernando separa su acero del de Cárlos, abre violentamente las dos puertas de la capilla, y se aparta uniéndose al grupo de Aurora y doña Juana.)

FERN. ¡Al fin!

AUR. ¡Luz!

(Cárlos se halla á la izquierda de la capilla, fuertemente iluminado por la lámpara del Cristo; el cabello en desórden, la espada en la mano y recordando por su postura la situacion final del primer acto, cuando le vió Aurora junto al cadáver de su padre. Detrás de D. Cárlos, Parreño. Á la derecha Aurora, con el cuerpo inclinado hácia delante y la vista fija en Cárlos. Detrás Doña Juana y Fernando, mostrándole éste último con la mano extendida, la

figura sombría de Cárlos. En la escena ninguna otra luz ni más claridad que la de la lámpara del Cristo; de suerte que exceptuando la parte próxima á la capilla, el resto queda envuelto en sombras.)

AUR. ¡¡Por el Cristo de la Cruz,
el matador de mi padre!!...
¡No, fantasma... huye veloz!...
¡No se va!... ¿Quién es?
(Se vuelve, coge violentamente á Doña Juana y le señala con el brazo extendido á su amante.)

JUANA. ¡Lorenzo!
(Oculta Doña Juana el rostro entre sus manos, se vuelve con horror y se apoya en Fernando para no caer.)

AUR. ¡No es verdad!... ¡no me convenzo!
¡Habla! (Dirigiéndose á Cárlos.)

CARLOS. ¡Dios mio! (Deja caer la espada.)

AUR. Su voz!
(Aurora hace un movimiento de horror, despues se vuelve de nuevo para mirar á Cárlos.),
¡Pero no! ¡no puede ser!...

CARLOS. ¡Espera! ¡nada me digas!...
(Avanzando hácia el proscenio.)
¡Espera! ¡no me maldigas!...
¡Yo sé lo que debo hacer!...
Á tu padre dí la muerte,...
porque dió la muerte al mio:
despues te dí mi albedrío...
porque lo quiso la suerte!
Despues... despues te he jurado
venganza, y yo nunca miento.
¡El solemne juramento
no tengo, Aurora, olvidado,
ni el compromiso me pesa!
¡Mira... Ves?... ¡Ante mi Dios,
yo don Cárlos de Quirós,
así cumplo mi promesa!
(Desnuda la daga y se hiere en el pecho.)

AUR. ¡Lorenzo!
(Aurora quiere precipitarse hácia Cárlos; pero Doña Juana y Fernando la contienen. Parreño sostiene á D. Cárlos incorporándole.)

PAR. ¡Señor! (Pausa.)

CARLOS. (Á Aurora, agonizando.) ¡Jamás
te veré!... ¡voy á morir!...
¡y ántes... yo... quisiera oir
una palabra, no más,
de compasíon!... ¡Así en calma
muriera! ¡Mi dulce bien! (Con suprema angustia.)
¡me aborreces tú tambien?

AUR. ¡Te amo!... ¡sí!... ¡con toda el alma!
(Se desprende de su madre y de Fernando, y se precipita hácia Cárlos.)

CARLOS. ¡¡Bendita sea la luz!!

AUR. ¡Lorenzo, mi amor, mi vida!

CARLOS. ¡Adios, mi esposa querida!

AUR. ¡Sí... ¡tu esposa!... ¡ante la cruz!

JUANA. ¡Qué dices!
(Doña Juana procura separarla de su amante; ella resiste: Fernando ayuda á Parreño á sostener á Cárlos.)

AUR. ¿Qué pretendeis?

CARLOS. (Tiende los brazos á su amante como último adios, y muere.)
¡Aurora!

AUR. (Desprendiéndose otra vez de su madre, precipitándose sobre el cuerpo inanimado de Cárlos y abrazándolo con delirio.)
¡Lorenzo!... ¡Yerto!

PAR. ¡Don Cárlos!... ¡mi señor!... ¡muerto!

AUR. (Se levanta, y con ademan enérgico detiene á Doña Juana que se acercaba.)
¡Qué más venganza quereis! (Pausa.)
¡Él ha sido... y es mi amor;
él ha vengado á mi padre;
yo soy ante Dios, oh madre,
LA ESPOSA DEL VENGADOR!
(Queda Cárlos en tierra: arrodillado junto á él Parreño: Fernando al lado de Cárlos ocultando el rostro entre las manos: Doña Juana á la derecha: en el centro y delante, Aurora en pié y señalando el cuerpo de su amante con trágico ademan. La escena á oscuras en primer término, é iluminada en la parte próxima á la capilla por la lámpara del Cristo.)

FIN DEL DRAMA.

MANUEL DE LA
Y LATOUR

SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

ARITMÉTICA GENERAL

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 45—2 reales

(Contiene las entregas 50 á 53)

ADMINISTRACION

CALLE DE DON MARTÍN, 13.

TELÉFONO NÚMERO 3.197

MADRID